

ORÍGENES, ANTECEDENTES Y CARACTERÍSTICAS PARLAMENTARIAS EN IRLANDA

Al igual que en Escocia, el juego parlamentario irlandés comenzó a gestarse en el siglo XIII a partir de que en 1264 se convocó a los hombres más notables para conformar una asamblea en Castledermont, en la provincia de Leinster, aunque pocos años después fue trasladada al área que comprende en la actualidad la ciudad de Dublín. Para finales del mismo siglo se tiene constancia de que a estas reuniones acudían los jefes de clanes, hombres conocedores de usos y costumbres, druidas y poetas, quienes formaban parte de la aristocracia celta.

Ahora bien, antes de continuar con el estudio del parlamentarismo irlandés es necesario estudiar algunos de sus antecedentes históricos para identificar las peculiaridades que delinear los grandes contrastes entre Irlanda e Inglaterra. Dicho esto, debe mencionarse que la isla que hoy en día se conoce como Irlanda fue poblada por grupos identificados como celtas, cuyo aislamiento, por cerca de mil años, ayudó a configurar su cultura y lenguas autóctonas. Es importante añadir que si bien Roma no se aventuró a la conquista de Hibernia —hoy conocida como Irlanda—, sí serían los celtas durante los siglos V y VI quienes se adentraron en Caledonia, hoy Escocia, llevando consigo su estilo de vida y estructura tribal a las regiones altas. Con el paso de los siglos, celtas y pictos se mezclaron dando paso a la cultura y a la lengua gaélicas escocesas.

De esta forma, y gracias en buena medida a su carácter insular, los celtas desarrollaron sus propias estructuras de gobierno y autogestión sin intervención de potencias extranjeras. De hecho, mientras que Inglaterra y Escocia ya habían sido cristianizadas, en Irlanda las religiones paganas continuaban vigentes entre los diversos clanes hasta la llegada del misionero cristiano San Patricio, quien a mediados del siglo V comenzó allí su labor evangelizadora, al mismo tiempo que introdujo la palabra escrita.

No obstante la conversión católica irlandesa, la cultura autóctona de los celtas, así como las características geográficas que hacían difícil el acceso a la isla fueron factores que permitieron su desarrollo independiente basado en gobiernos tribales con una lengua propia, pero sin estructuras políticas sólidas ni conciencia nacional. Esta condición se hizo evidente a partir del siglo IX con la llegada de los vikingos, quienes aprovecharon las divisiones internas de los clanes celtas para empujarlos a tomar partido y fortalecer así a las tribus afines mediante la creación de alianzas firmes y duraderas. Ello permitió que los vikingos fueran asentándose sin grandes dificultades en Irlanda, y que adoptaran la cultura celta, mezclándola con elementos culturales nórdicos, lo que dio paso a una sincrética cultura y lengua gaélica irlandesa. A lo anterior debe agregarse la fusión interracial entre celtas y vikingos, que se produjo sin complicaciones religiosas.

Fue tan importante el impacto de la conquista vikinga en Irlanda, que no sería sino hasta la segunda mitad del siglo IX cuando comenzaron a fundarse los primeros asentamientos urbanos en todo el país por iniciativa de los conquistadores nórdicos. Ello al mismo tiempo que en el campo se estableció la cría de ganado como el pilar de la economía, debido sobre todo al carácter húmedo de la región, poco favorable para labrar la tierra. Tales características permitieron el surgimiento de cientos de pequeños reinos sin coherencia interna ni elementos que facilitarían la unión de unos con otros (Killeen, 2012: 12). Lo anterior fue el común denominador del dominio vikingo en Irlanda, que se prolongó del siglo IX al XII.

Cabe agregar que durante el siglo XI la cristianización de los vikingos coadyuvó a completar el proceso de asimilación de los descendientes de los antiguos conquistadores nórdicos en Irlanda; sin embargo, el carácter divergente que prevaleció entre los diferentes reinos y clanes irlandeses permitió una nueva oleada de invasiones a partir de 1169 en el siglo XII. En esta ocasión, los protagonistas fueron los normandos, quienes tras conquistar Inglaterra un siglo antes decidieron continuar con sus campañas de dominio en el extremo noroeste de Britania y desembarcar en costas irlandesas, arrasando con todo a su paso. Estos normandos —descendientes directos de los vikingos cristianizados y asentados en el norte de Francia desde el siglo X— contaban con una superioridad militar inigualable gracias a su caballería, dotada con poderosas armaduras, y a su gran capacidad de arcos y flechas de larga distancia que provocaban estragos entre sus rivales (Killeen, 2012: 47).

Fue por ello precisamente que su conquista de los reinos anglosajones que ya formaban parte de Inglaterra desde el siglo x —Mercia, Essex, Northumbria y Wessex, entre otros— fue un acontecimiento que determinaría el futuro de la propia Inglaterra, ya que tras el triunfo normando los usos y costumbres ingleses se mimetizaron a su vez con las costumbres francesas, adoptadas por los descendientes de los vikingos de Normandía, lo cual dio paso a una nueva cultura y a nuevos hábitos políticos a partir de 1066 (Ackroyd, 2011: 81-91).

De ese modo, debido a la posición geográfica y estratégica de Dublín, su conquista por parte de los normandos abrió la puerta para el establecimiento de un reino feudal en la isla, pues desde ahí se concentraron y organizaron las actividades económicas y políticas hacia toda Irlanda. Esta conquista normanda no sólo aseguró su posición en territorio irlandés, sino que también fortaleció su alianza con los reinos gaélicos escoceses, condición ideal para reafirmar su dominio en tierras inglesas. Así, a partir de la invasión de los normandos a la antigua Hibernia, de manera particular desde el desembarco en Waterford en 1171, la Corona inglesa —usurpada y adoptada por los invasores un siglo antes— se insertó de lleno en la historia de la nación irlandesa, con lo cual daba inicio la presencia permanente de Inglaterra como potencia extranjera por más de ochocientos años, hasta la creación del Estado libre de Irlanda en 1922 (Killeen, 2012: 49).

De acuerdo con esta dinámica, el monarca anglo-normando Henry II, quien gobernara de 1154 a 1189, fue el encargado de administrar el nuevo territorio irlandés anexado a su Reino.¹ El paso de los años ocasionó que los barones anglonormandos impusieran las leyes inglesas en las regiones ocupadas, lo que incluía la reproducción de los patrones feudales en la sociedad, así como de las leyes y del sistema parlamentario establecido en Inglaterra; no obstante, lo que ocurrió con los invasores vikingos sucedió también con los normandos, ya que muy pronto las autoridades y colonos anglonormandos comenzaron a adoptar las costumbres irlandesas, creándose así nuevos usos sociales híbridos.

Todo ello provocó que en el siglo XIV, el rey Edward III impusiera una serie de leyes severas que sancionaban la alineación inglesa en Irlanda. El

¹ Es conveniente señalar que desde el principio a Irlanda se la consideró un señorío separado de la Corona inglesa hasta 1541, año en que fue incorporado al Reino de Inglaterra.

primer paso fue legitimar nuevos reglamentos a través del Parlamento inglés. Dichos reglamentos conocidos como los estatutos de Kilkenny (1367), incluyeron la prohibición de matrimonios entre ingleses e irlandeses bajo pena de muerte, hablar la lengua irlandesa, vestir como irlandés, usar barba como irlandés; utilizar nombres irlandeses, adoptar niños o niñas irlandesas, permitir a irlandeses que su ganado pastoree en propiedades inglesas; comerciar con irlandeses, entre otras disposiciones (Library Ireland. Irish Books Online, 2017a). De hecho, matar a un irlandés no se consideraba una falta grave.

En lo que corresponde al parlamentarismo irlandés, como se dijo, éste comenzó sus operaciones en 1264, a partir de una convocatoria para reunir a los hombres más notables de la región en Castledermont, Leicester. Desde entonces se decidió adoptar funciones legislativas a imagen y semejanza del parlamentarismo inglés. A partir de este primer llamado, cada condado enviaría a dos caballeros para representar los intereses locales; sin embargo, para finales del siglo XIII se determinó que cada uno enviaría a un caballero y a un burgués con periodos de reunión que variaban de uno a dos años de forma indistinta.

A diferencia de sus símiles en Inglaterra y Escocia, el Parlamento irlandés no podía considerarse un órgano representativo del pueblo, ya que los hombres notables que asistían a sus debates formaban parte de un grupo social de conquistadores extranjeros ajenos a los intereses del país, quienes además de forma coordinada aceptaban y legislaban las reformas que desde el Parlamento inglés les mandataban.

Sin embargo, a lo largo del siglo XV la alineación de los descendientes de los conquistadores anglonormandos a los usos y costumbres irlandesas, incluso a su propio idioma, provocó que la Corona inglesa impusiera una serie de medidas extremas para reafirmar su poder y su presencia en el Parlamento de aquel país. Lo anterior, como respuesta a una serie de iniciativas locales tendientes a desconocer las leyes impuestas desde el Parlamento de Inglaterra. La muestra más clara de este encono en contra del parlamentarismo irlandés fue el envío en 1494 de Sir Edward Poynings como jefe de gobierno a Irlanda, con la encomienda de imponer un mecanismo parlamentario conocido como Ley Poynings.

Dicha Ley prohibía convocar al Parlamento de Irlanda hasta que la Corona inglesa otorgara su venia a las leyes que pretendían discutir los representantes irlandeses. Para lograrlo, se requería del sello real y de su aprobación en el Parlamento inglés (Ardill, 1907: 1). Lo anterior supuso limitar *de facto*

el poder de los nobles anglonormandos, mismos que no tuvieron mayor alternativa que observar cómo su autoridad era limitada desde la propia Corona. Lo anterior se agudizó por el hecho de que el monarca en turno gozaba de la facultad de veto ante cualquier propuesta irlandesa, además de que dicha iniciativa la tenía que aprobar primero el Parlamento inglés. De este modo, el parlamentarismo irlandés quedó supeditado de manera directa al órgano legislativo en Londres, el cual discutía y aprobaba las leyes aplicables en Irlanda.

Unas cuantas décadas después, durante el reinado de Henry VIII, y en medio de la reforma protestante que separó de manera definitiva a Inglaterra de la Curia romana, la Corona inglesa se adjudicó en 1541 el derecho de incorporar todo el señorío irlandés al Reino de Inglaterra. Al respecto, la actitud parlamentaria irlandesa no deja de ser curiosa, pues respondieron que el Parlamento irlandés aceptaba “alegremente y de buena gana” el proyecto de ley que otorgaba a Henry VIII el título de rey de Irlanda (UK Parliament, 2017c).

Así, una vez desposeídos los curas de sus monasterios y negada su presencia en el Parlamento irlandés tras la reforma religiosa de Inglaterra, fue evidente que los protestantes ingleses buscaban ejercer una mayor presión sobre la mayoría católica en Irlanda. Esto provocó intensas rebeliones sociales a partir de la segunda mitad del siglo XVI y hasta mediados del XVII en contra de la Corona inglesa. Lo anterior sucedía al mismo tiempo en que colonos protestantes ingleses y escoceses se asentaban en territorio irlandés, generándose con ello expectativas entre los miembros del gobierno inglés de disminuir el impacto social y económico de los católicos rebeldes, que de manera constante se levantaban en armas.

No obstante tales esfuerzos ingleses, en 1641 estalló el conflicto civil más intenso hasta ese momento, que se conoce como la rebelión civil irlandesa o la guerra civil irlandesa de 1641. En ella un grupo de terratenientes acaudalados, entre los que se incluían barones de añejas familias irlandesas² y descendientes de conquistadores anglonormandos,³ se aliaron con el clero católico y decidieron desconocer al gobierno de Inglaterra, sobre todo por la amenaza que representaba para la mayoría católica el movimiento parlamentario puritano inglés y los colonos protestantes que iban asentándose progresivamente en la provincia del Úlster (al noreste de la isla). Lo anterior,

² Este grupo es conocido en la historia irlandesa como los *Old Irish*.

³ Por su parte, a este grupo se lo conoce como los *Old English*.

sumado a las leyes impuestas desde Inglaterra, que reducían progresivamente los derechos de los irlandeses adeptos al catolicismo de todos los estratos económicos.

Ante este acto de rebeldía, de inmediato el rey Charles I y el Parlamento inglés decidieron enviar tropas para someter la insurrección irlandesa, y además en una muestra de su poder determinaron que el costo de la campaña militar lo absorbería en su totalidad la propia Irlanda y no se utilizarían recursos ingleses (UK Parliament, 2017d). Este conflicto fue un reflejo de los problemas que enfrentaba el monarca al interior de su propio Reino, ya que en Escocia se había suscitado, durante el mismo periodo, un levantamiento similar por motivos religiosos que se reflejó en la desobediencia del Parlamento escocés; no obstante, lo más grave para Charles I fueron sus problemas en el mismísimo Parlamento de Inglaterra, que había permanecido cerrado durante años debido a su tendencia a limitar el poder del monarca.

A pesar del apremio que representaba el levantamiento irlandés, el recién reabierto Parlamento de Westminster decidió condicionar sus apoyos posteriores al monarca para dotarlo de recursos frescos con los cuales pudiera hacer frente a los levantamientos en Irlanda y Escocia; sin embargo, Charles I optó por emprender su campaña militar sin la aprobación del Parlamento, situación que le abrió un frente más en la propia Inglaterra, pues los parlamentarios ingleses consideraron ilegal que el rey solicitara recursos o pusiera en marcha campañas militares sin su respaldo.

De esta forma, la guerra civil irlandesa de 1641 se constituyó en parte de la guerra de los tres reinos, la cual a su vez desembocó en la guerra civil inglesa de 1641 a 1646. La región que más resintió el impacto de la guerra civil irlandesa fue precisamente la provincia del Úlster, pues ahí se asentaban los colonos protestantes provenientes de Inglaterra y Escocia, sobre todo a partir de inicios del siglo XVII. La venganza por parte de los católicos irlandeses fue implacable en toda la región, pues se estima que alrededor de diez mil protestantes perdieron la vida en estos acontecimientos, ya sea por la acción directa de las milicias católicas, o por el abandono de familias y comunidades enteras a las orillas de los caminos para morir de frío en el invierno. Estos sucesos provocaron el desplazamiento de miles de colonos protestantes que buscaban huir a Inglaterra o Escocia para no caer en manos de las masas marginadas católicas irlandesas, que habían sufrido las penurias y la discriminación en su propia tierra durante generaciones (Killeen, 2012: 94).

Tras el éxito inicial de la campaña en el Úlster, las milicias católicas irlandesas se dirigieron al Sur y crearon en octubre de 1642 la Confederación de Kilkenny.⁴ Desde ahí los *Old Irish* y los *Old English* unieron sus esfuerzos para proteger la religión católica. Es importante añadir que los *Old English*, como descendientes de los conquistadores normandos, nunca se habían revelado en contra del monarca inglés, pero la ofensiva protestante dirigida a golpear de manera insistente la religión católica en Irlanda los colocó ante la disyuntiva de ser fieles a la Corona inglesa o a Dios. La mencionada Confederación de Kilkenny contó con el apoyo de la Iglesia de Irlanda y del papa Inocencio x (1644-1655), quien encomendó al nuncio papal Gianbattista Rinuccini, como su representante directo, defender a la Confederación ante el gobierno inglés y promover su sobrevivencia ante las coronas de Francia y España.

El nuncio papal Rinuccini llegó a Irlanda con dinero y armas para la Confederación, pero no pudo conseguir los apoyos necesarios de los reinos católicos de Europa. Al mismo tiempo, las diferencias entre los *Old Irish* y los *Old English* comenzaron a hacerse más evidentes, pues los segundos mostraron su intención de unirse a las fuerzas militares del monarca Charles I en su lucha en contra del Parlamento protestante durante la guerra civil inglesa. Esta situación provocó que la Confederación de Kilkenny se erigiera con objetivos diferentes, pues mientras que los *Old Irish* buscaban una separación completa de la Corona inglesa para alcanzar la autogestión, los *Old English* insistían en congraciarse con el monarca y alcanzar acuerdos de convivencia entre protestantes y católicos en Irlanda.

La Confederación de Kilkenny se erigió sobre basamentos parlamentarios, ya que desde el inicio de sus funciones se escogió a una serie de hombres notables para representar los intereses de la Irlanda católica. De este modo, se determinó que la Asamblea de Kilkenny se conformara con once obispos católicos, catorce barones y 226 comunes, elegidos estos últimos por los terratenientes de todas las provincias. Los miembros de esta Asamblea formarían un gobierno con un consejero supremo y desde ahí se dirigiría el pago de impuestos para financiar la guerra (Library Ireland. Irish Books Online, 2017b). Cabe añadir que desde el principio los *Old English* miembros

⁴ La Confederación adoptó ese nombre porque la reunión y el acuerdo se celebró en la ciudad de Kilkenny, ubicada en el condado del mismo nombre, que se sitúa a 128 kilómetros al suroeste de Dublín.

de este organismo reconocieron la autoridad del rey Charles I, y justificaron su presencia y participación en dicho cuerpo colegiado como parte de sus esfuerzos para contrarrestar al Parlamento puritano que desde Londres buscaba limitar su poder real.

De esta manera, desde la Asamblea de Kilkenny se estableció el envío de tropas irlandesas para defender al monarca inglés en contra de las fuerzas puritanas inglesas y presbiterianas escocesas; tal decisión dividió aún más a los irlandeses, pues los *Old Irish* se negaban a ofrecer asistencia a una Corona que los había despreciado de todas las formas posibles, incluido el robo de sus tierras milenarias en el Úlster.

Sin embargo, el ofrecimiento de la Corona inglesa y sus representantes en el sentido de tolerar la religión católica, su compromiso para anular la Ley Poyning, para contemplar un autogobierno irlandés, revertir parcialmente los procesos coloniales en el Úlster, pero, sobre todo, para respetar las tierras que ocuparon los católicos durante el inicio del conflicto (*E-rea*, 2017) fueron razones suficientes para que los *Old English* se sumaran al esfuerzo militar de la Corona inglesa en contra de su Parlamento.

A partir de ese momento los irlandeses católicos actuaron en tres frentes, uno de ellos dedicado a contener a ingleses y escoceses protestantes en el Norte en sus intentos por avanzar hacia el sur de Irlanda; otro más para ejercer el control sobre Dublín, y un tercero en territorio inglés, para combatir a las tropas protestantes leales al Parlamento que se había levantado en contra del monarca; sin embargo, la derrota de las fuerzas leales a Charles I y su posterior decapitación en 1649 dejaron muy mal posicionados a los católicos, ya que con la muerte del rey los acuerdos firmados quedaron anulados.

De inmediato el Parlamento de la Grupa inglés encomendó al general Oliver Cromwell someter a los irlandeses de manera ejemplar. Fue así como entre 1649 y 1653 las tropas parlamentarias inglesas, conocidas como el Nuevo Ejército Modelo (*New Model Army*), se concentraron en “reconquistar” territorios irlandeses. Para lograrlo, la institución parlamentaria se amparó en una serie de leyes que invitaban a la población a invertir sus recursos en la campaña militar a cambio de devolverles tierras confiscadas a los rebeldes, en algo que se conoció como la *Adventurers’ Act* o Ley de los Aventureros (BHO British History Online, 2017). Por esa razón, Cromwell dispuso de cuantiosos recursos económicos para reforzar una armada muy poderosa y experimentada para su campaña en Irlanda.

De tal forma, que desde la toma de Dublín a finales de 1649, el ejército de Cromwell fue apuntándose éxito tras éxito en su campaña irlandesa, caracterizándose por la crueldad extrema de sus métodos para infundir miedo a sus adversarios, pues tras la toma militar de las ciudades quedaban a su paso miles de muertos entre milicianos y civiles. En todo caso, el conflicto irlandés de 1641 a 1653 fue extremadamente costoso en vidas para el país, pues se estima que las campañas militares iniciales, el hambre, las enfermedades y la conquista de Irlanda por parte de Cromwell dejaron tras de sí seiscientos mil muertos, cifra desproporcionada para aquellos años debido a la escasa densidad demográfica. Algo en que coinciden los investigadores contemporáneos es que la crueldad de los métodos empleados por Cromwell en Irlanda parece ser una especie de castigo ejemplar por las matanzas de protestantes efectuadas por los católicos en el Úlster en 1641 (Parmele, 2016: 90). Por ello, no cabe duda que Cromwell subyugó de forma efectiva a toda la isla, imponiendo la ley inglesa y su poder en todos los rincones del país (Killeen, 2012: 96). Así de efectiva e implacable fue la huella de Cromwell en Irlanda.

Una vez derrotados los católicos, desarticulada la Confederación de Kilkenny y disuelta su Asamblea, miles de soldados irlandeses huyeron para incorporarse a las filas de las milicias en España y Francia, miles más fueron vendidos como esclavos a las posesiones en el Caribe y otros tantos fueron ejecutados por participar en la revuelta de 1641.

La religión católica quedó proscrita; muchos de sus sacerdotes fueron arrestados y asesinados, situación que obligaba a los sobrevivientes a permanecer escondidos y protegidos por sus comunidades para desde ahí profesar su fe en la clandestinidad. Asimismo, de acuerdo con las leyes emitidas por el Parlamento para financiar la campaña militar de Cromwell, se expropiaron las posesiones de los terratenientes *Old Irish* para otorgárselas a los inversionistas protestantes ingleses. Esto último terminó con siglos de tradición terrateniente,⁵ con sus ancestrales familias irlandesas y el modo de vida de las comunidades aledañas. De la misma forma, la invasión de Cromwell y los excesos cometidos alimentaron el nacionalismo irlandés y sus rencores en contra de los conquistadores ingleses.

El gran poderío concentrado por Oliver Cromwell, su ejército y el movimiento puritano en Inglaterra desembocó en la desarticulación del Parla-

⁵ En las provincias de Munster, Connacht y Leinster.

mento inglés y en la conformación de un gobierno militar autocrático con el propio Cromwell al frente, con duración de 1653 a 1658. La clausura del parlamentarismo en Londres y el fortalecimiento de su figura como “Lord Protector” del país provocaron que sus antiguos aliados en Westminster buscaran el retorno de la Casa Estuardo al poder, con Charles II al frente de la Corona. Así, la muerte de Cromwell en 1658 y la nula habilidad de su hijo Richard para mantener en el poder a la casta militar permitieron que el Parlamento y la Corona ingleses regresaran a sus funciones en 1659.

El retorno de la monarquía a Inglaterra significó la derrota de los puritanos frente a la Iglesia anglicana y ello estimuló que muchos terratenientes irlandeses católicos buscaran a Charles II para pedirle la restitución de sus tierras confiscadas por Cromwell. Si bien es verdad que el nuevo rey inglés era un anglicano moderado casado con una católica francesa, también era cierto que su padre había sido decapitado por el Parlamento con el que gobernaba y por ello evitó generarse mayores conflictos con sus miembros. De hecho, su gobierno contó con recursos económicos provenientes de Francia, lo que evitó problemas innecesarios con los parlamentarios ingleses. Por ello, Charles II procuró no entrometerse en asuntos irlandeses más allá de lo justo, aunque sí es verdad que buscó devolverle sus tierras a algunas familias *Old English*, al mismo tiempo que fue muy tolerante con los católicos, permitiéndoles la autogestión de Dublín bajo la tutela de un sobreviviente de la guerra civil irlandesa, James Butler, a quien incluso otorgó el título nobiliario de Primer Duque de Osmond (Killeen, 2012: 98-99).

En el espectro legislativo queda claro que el parlamentarismo irlandés, con excepción de la Asamblea de Kilkenny, se constituiría casi siempre como un aparato inerte sin capacidad de decisión frente al Parlamento inglés. Una muestra de ello es que incluso carecía de una sede permanente, pues sus reuniones se celebraban de manera indistinta en edificios de las ciudades de Drogheda, Kilkenny o Dublín; no obstante, a partir de la restauración de la monarquía en Inglaterra, el Parlamento irlandés elaboró una nueva forma de presentar sus propuestas legislativas. Éstas serían conocidas en inglés como *Head of Bills*, algo que en castellano podría expresarse como “iniciativas de ley dirigidas”.

Las *Head of Bills* consistían en que los parlamentarios irlandeses elaboraban propuestas que dirigían al representante de la Corona en el país (*Lord Lieutenant*). Cuando éstas contaban con el visto bueno del representante de

su majestad entonces eran enviadas al Parlamento inglés, en donde tenían que someterse al Pleno; allí podían enmendarse, rechazarse o devolverse a Irlanda. Si ocurría esto último, entonces eran consideradas como aprobadas por ambos parlamentos y entraban en vigor (McGrath, 2009: 324). Precisamente estas *Head of Bills* se convirtieron en parte central del parlamentarismo irlandés, pues a través de ellas las interpretaciones a la controvertida Ley Poyning daban alguna oportunidad a los nativos en contra de los abusos de los protestantes, pues tanto el rey como los comunes accedían a un conocimiento directo de las inquietudes irlandesas. Cabe agregar que este procedimiento se mantuvo entre ambos parlamentos hasta la declaración de independencia parlamentaria de Irlanda en 1782 (Ardill, 1907: 4).

No obstante lo anterior, las décadas que siguieron a la reinstauración de la monarquía parlamentaria en Inglaterra fueron de subordinación y restricciones constantes al Parlamento irlandés, situación que continuó incluso una vez erigido el Reino de la Gran Bretaña en 1707, ya que la gran mayoría de la población irlandesa rechazó la posibilidad de incluir a su nación en el nuevo Reino. Posición que por cierto fue compartida por la mayor parte de sus parlamentarios, pues de forma recurrente observaban cómo tanto la Cámara de los Lores como la de los Comunes británicas se reservaban el derecho de elaborar leyes y de actuar como tribunales de última instancia en casos de exclusiva competencia parlamentaria irlandesa.

Esta postura se intensificó en 1720, cuando desde Westminster se decidió aprobar una nueva legislación que le otorgaba capacidad al gobierno de Inglaterra para emitir leyes en Irlanda sin intervención de sus autoridades. El propósito de este tipo de reglamentos fue, sin duda, hacer sentir a los comunes irlandeses y a su pueblo el poder inglés que pesaba sobre ellos. Una muestra fue la Ley de 1728, que nuevamente limitaba los derechos de propiedad de los católicos (UK Parliament, 2017e).

Toda esta situación fue generando desorden y pobreza al interior del país, pues los terratenientes ingleses que se habían apoderado de enormes extensiones de tierra en Irlanda solían arrendársela a católicos en condiciones muy desfavorables, lo que no permitió el desarrollo exitoso de la burguesía local, y sí en cambio una gran masa de campesinos mal pagados y mal alimentados. Lo anterior contribuiría a la primera gran hambruna irlandesa en el periodo 1740-1741, en la cual se estima que perdieron la vida alrededor de cuatrocientas mil personas de un total de 2 500 000 habitantes con los que

contaba el país en ese momento (Killeen, 2012: 111); esto es, alrededor del 16 por ciento.

Quizá lo más grave de este proceso fue que mientras una parte considerable de población católica se debatía entre la vida y la muerte por esa gran hambruna de mediados del siglo XVIII, el Parlamento irlandés no pudo ejercer acción alguna para contener sus efectos, ya que ello habría significado desposeer de la tierra a sus propietarios ingleses protestantes para cultivarla y así aliviar el hambre. Empero, esto último era algo que el Parlamento inglés no iba ni siquiera a contemplar. De hecho, “los efectos devastadores de la hambruna de 1740 [en Irlanda], cuyas consecuencias seguían resintiéndose cinco años después, fueron otro indicador de la victoria y seguridad protestantes” (Killeen, 2012: 112).

Pese a las condiciones adversas, un grupo de parlamentarios irlandeses, encabezados por el nacionalista Henry Grattan, entraron en contacto con algunos comunes británicos con el fin de concientizarlos acerca de las condiciones de sometimiento del Parlamento en Irlanda y su limitada capacidad para velar por los intereses de la gente. Ante ello, el gobierno británico fue eliminando una serie de restricciones políticas y comerciales en Irlanda que ocasionaron su independencia parlamentaria en 1782, con el mandato de que dicha separación de la nación irlandesa “se diera en sus propios términos, otorgándoseles todo lo que querían en la forma en que ella misma parecía quererlo” (UK Parliament, 2017e); no obstante, la administración de Irlanda continuó en manos de un *Lord Lieutenant* y de autoridades nombradas desde Gran Bretaña, por lo que si bien se había logrado la independencia legislativa, ello no significó la autonomía administrativa.

Ahora bien, pese a que el Parlamento irlandés comenzó a sesionar de manera independiente a partir de esa fecha, y de que la Ley Poyning de finales del siglo XV había sido reformulada, lo cierto era que el sentimiento nacionalista y la radicalización de amplios sectores católicos en contra de Gran Bretaña y los protestantes iban en aumento. Este sentimiento anti inglés se vio alimentado por la declaración de independencia en Estados Unidos de 1776, y también por la Revolución francesa de 1789, pues ambos movimientos revolucionarios expresaban el hartazgo social en contra de gobiernos despóticos y servían como guía para el nacionalismo irlandés. De hecho, el viraje de Gran Bretaña respecto del sometimiento del Parlamento en Irlanda y su actitud más complaciente con los comunes irlandeses parecería ser parte

de una estrategia propensa a distender los sentimientos patrióticos de sus vecinos, motivados por la independencia estadounidense y también por la influencia de los pensadores ilustrados franceses.

Todo lo anterior estimuló un nuevo movimiento patriótico en Irlanda conocido como la Rebelión de 1798, organizada por el Grupo de los Irlandeses Unidos, integrado por católicos y protestantes presbiterianos del Úlster, quienes impulsaban la independencia administrativa y política del país respecto de Gran Bretaña, y encontraban en el triunfo de la Revolución francesa su principal inspiración. Es importante añadir que el Parlamento irlandés, compuesto principalmente por aristócratas protestantes anglicanos, desaprobó este movimiento y lo condenó, alineándose a lo establecido desde Londres para contener dicha revuelta.

Esta rebelión pronto tomó matices de guerra civil, pues los protestantes anglicanos apoyaron a las autoridades parlamentarias irlandesas y al gobierno británico, el cual envió miles de tropas para contener y eliminar a los alzados en armas. La respuesta británica fue contundente, pues aplastó de forma cruel a las fuerzas rebeldes y a las comunidades que las apoyaban. Se calcula que alrededor de veinticinco mil rebeldes perdieron la vida durante los poco más de cuatro meses del conflicto, y en un gran porcentaje éstos fueron civiles (BBC History, 2017).

Cabe añadir que, a diferencia de movimientos anteriores, la jerarquía católica irlandesa no apoyó esta insurrección por el temor que había despertado la Revolución francesa entre las altas esferas católicas europeas, y sí en cambio se alió con el Parlamento irlandés, lo que redundó en beneficios para la Iglesia católica en Irlanda después del conflicto, pues el gobierno británico se mostró más tolerante hacia ella.⁶

Sin duda, la revuelta irlandesa de 1798 sirvió de excusa para que el primer ministro *torie* William Pitt —quien por cierto gozaba del control de ambas cámaras—, decidiera proponer al Parlamento, en el periodo 1799-1800, la inclusión de Irlanda como parte del Reino de la Gran Bretaña (McGrath,

⁶ Es importante añadir que previamente, es decir, en 1791, se aprobó desde el Parlamento británico la *Roman Catholic Relief Act*, o Ley de Alivio de la Religión Católica, cuya principal característica fue disminuir las limitantes a los católicos para incorporarse a las labores políticas, económicas y de carácter educativo. A partir de este momento, se les permitía el estudio y la práctica del derecho, así como el ejercicio de su religión y la existencia de escuelas católicas. A cambio, los creyentes en el catolicismo debían jurar su lealtad al monarca de Gran Bretaña. La Ley entró en vigor en Irlanda en 1793 (Politics.ie, 2017).

2009: 324). Para lograrlo prometió que a los católicos se les otorgaría el derecho de voto para elegir representantes en la Cámara de los Comunes británica. También ofreció tierras a los descendientes de los viejos terratenientes despojados de sus posesiones décadas atrás, además de que se garantizó asientos a la alta nobleza irlandesa en la Cámara de los Lores (UK Parliament, 2017f). Todo ello buscó de una u otra forma poner fin a las diferencias constitucionales, religiosas, sociales y económicas predominantes entre ambos países durante siglos.

De esa forma se creó un ambiente favorable para que el Parlamento irlandés secundara la propuesta de su par británico para incorporarse al Reino, situación que se hizo oficial el 1º de agosto de 1801, al quedar formalmente integrado el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, decreto que terminó *de facto* con cinco siglos de difícil funcionamiento del parlamentarismo irlandés, el cual era frecuentemente considerado por el propio Parlamento de Westminster como “la asamblea más corrupta que jamás haya existido en toda Europa” (Ardill, 1907: 140-143).

Una vez incorporada al Reino, y de acuerdo con los compromisos elaborados por el primer ministro William Pitt, Irlanda envió treinta y dos lores y cien comunes al Parlamento en Westminster para sumarse a sus pares ingleses, escoceses y galeses. De este modo, las tres primeras décadas del siglo XIX estuvieron marcadas por el reforzamiento de los movimientos patrióticos irlandeses que luchaban por el reconocimiento de sus derechos como minoría católica en un reino de mayoría protestante.

Un personaje que jugó un papel central en este periodo fue Daniel O’Connell, quien era miembro de una aristocrática familia católica irlandesa, que lo envió a estudiar a prestigiosos colegios jesuitas en Francia. Acogido por las leyes de alivio a la religión católica emitidas por Gran Bretaña a finales del siglo previo, O’Connell estudió la carrera de derecho en Londres. A su regreso, organizó en 1823 un gran movimiento nacional para exigir el reconocimiento y cumplimiento de los derechos políticos de los católicos en Gran Bretaña. Sus actividades en la arena de la política lo catapultaron como candidato para ocupar un asiento en la Cámara de los Comunes en Westminster en 1829, proceso que incluyó una dura batalla civil para exigir que se respetaran los resultados de su elección en County Clare, en la provincia del Munster, al suroeste de Irlanda, pues hasta ese momento las leyes británicas no permitían la llegada de comunes católicos al Parlamento.

De este modo, a partir de Daniel O'Connell los católicos irlandeses comenzaron a ocupar asientos en el Parlamento de Westminster (Killeen, 2012: 161-168), y de inmediato, estimulados por el ejemplo de su líder, se empeñaron en mantener una posición patriótica y nacionalista frente al resto de sus pares.

Según esta dinámica, en 1834 O'Connell encabezó una moción de abrogación de la unión de Irlanda al Reino Unido de la Gran Bretaña, pero fue derrotada en la Cámara de los Comunes por 523 votos en contra y sólo 38 votos a favor; no obstante ese resultado, O'Connell insistió en conformar comisiones de análisis de su petición al interior del Parlamento británico, y declaró que 1843 sería el año de la abrogación. El sustento de su lucha era que Irlanda se encontraba en la ruina debido al abuso inglés; que las fábricas irlandesas habían dejado de producir para beneficiar únicamente a la industria y a la manufactura inglesas; que el campo irlandés había dejado de generar suficientes alimentos para enriquecer únicamente a sus propietarios ingleses en perjuicio de los arrendatarios irlandeses, los cuales no contaban con seguridad alguna. También afirmaba que de acuerdo con el tamaño de la población y el monto de la riqueza producida, Irlanda tenía derecho a 175 comunes y no sólo a 105, además de que las leyes en ambos países perjudicaban siempre a Irlanda, entre muchas otras cosas (Library Ireland, Irish Books Online, 2007c).

Sin embargo, con un Parlamento en donde los irlandeses católicos eran minoría, la abrogación de 1834 fue derrotada de nuevo, pero en esta ocasión el primer ministro británico, Sir Robert Peel, afirmó ante la Cámara de los Comunes que él personalmente haría lo que fuera necesario para mantener la unión, incluso si ello significaba crear mecanismos parlamentarios que hicieran imposible el desmembramiento del Reino (UK Parliament, 2017g).

El problema central para O'Connell en su aventura parlamentaria para alcanzar la abrogación de la unión fue que no toda Irlanda era católica, es decir, existían tres provincias católicas: Leinster, Munster y Connacht, pero la provincia del Norte (Úlster) no lo era, aunque al interior de la misma existían diferencias entre los protestantes anglicanos leales a la Corona británica y los presbiterianos descendientes de escoceses. Por cierto, estos últimos eran los que compartían en general los postulados liberal-democráticos de las revoluciones de Estados Unidos y Francia (Killeen, 2012: 169).

Por ello, al no contar con la uniformidad requerida al interior de su país, la propuesta de O'Connell no obtuvo el apoyo de sus homólogos escoceses y galeses en la Cámara de los Comunes, quienes si bien ni todos juntos alcanzaban

la mayoría, una demostración de unidad y solidaridad en favor de la causa irlandesa habría generado nuevos escenarios políticos en el Reino. Dos años después, esto es, a partir de 1845 y hasta 1850, todas las críticas de O'Connell en relación con el desproporcionado dominio inglés en su nación se vieron reflejadas de una forma cruel y dramática en la que ha sido una de las más grandes calamidades de la historia irlandesa: la gran hambruna.

Una vez que fueron derrotadas en forma sucesiva las distintas mociones nacionalistas-católicas irlandesas resultó evidente su distanciamiento político con el resto de la Gran Bretaña. Muestra de ello fue la displicencia, apatía y lentitud con que las autoridades de Londres encararon el problema de la plaga de la papa, producto agrícola que se había convertido para mediados del siglo XIX en la base de la producción y el autoconsumo de la empobrecida sociedad católica irlandesa, que como se ha señalado dependía de su propia cosecha para alimentarse.

Del mismo modo, la venta del tubérculo proporcionaba los recursos para pagar el arrendamiento de las pequeñas porciones de tierra que habitaban, las cuales por cierto eran propiedad de terratenientes protestantes ingleses, quienes en su gran mayoría no vivían en Irlanda y tenían como costumbre incrementar sus rentas de manera regular.

Debe señalarse que en las primeras fases de la plaga de las papas, “la estrategia del gobierno [británico] tuvo como objetivo minimizar su propia responsabilidad para resolver el problema de la hambruna y culpó por su costo a Irlanda” (Killeen, 2012: 188). Los irlandeses consideran que los catastróficos niveles de miseria humana que contempló, la tristeza y la impotencia causaron la muerte de Daniel O'Connell, como consecuencia de un derrame cerebral en 1847 (Parmele, 2016: 100).

En realidad, la gran hambruna irlandesa de 1845 a 1850 fue un resultado del fracaso del liberalismo británico del siglo XIX, pues sus sustentos ideológicos impidieron al gobierno destinar los recursos suficientes para combatirla a tiempo y en forma, ya que las autoridades inglesas no brindaron el apoyo necesario para paliar los efectos de la plaga de las papas. A lo anterior deben agregarse los pobremente definidos derechos de la propiedad privada irlandesa, ya que los terratenientes de Inglaterra no tenían ninguna seguridad de continuar con sus posesiones en aquellas tierras, lo que estimulaba el incremento arbitrario de sus rentas a los católicos para maximizar sus ganancias. La excepción a este fenómeno se dio en la provincia de mayoría protestante del

Úlster, ya que allí los efectos de la hambruna y los conflictos entre arrendatarios y terratenientes se encararon de manera más eficaz (Herrán, 2005).

En general la gran hambruna irlandesa puede ser considerada la más clara expresión de un malogrado sistema social impuesto desde el exterior. Prueba de ello es que de los ocho millones de habitantes que había en 1840 la sangría demográfica, resultado de las fallidas guerras civiles de independencia, las hambrunas y sus enfermedades, además de las migraciones obligadas para no morir de inanición, dejaron a la población en cuatro y medio millones para 1900 (Herrán, 2005). Resulta conveniente destacar que alrededor de dos millones de irlandeses pudieron haber muerto tan sólo por los efectos de la gran hambruna del periodo 1845-1850 (Parmele, 2016: 100).

Es un hecho que después de la devastadora hambruna Irlanda no sería la misma. En primer lugar, su sistema agrícola experimentó agudos cambios tendentes a evitar a toda costa una crisis similar. Por ello, ese sector recibió un apoyo sin precedentes por parte de las autoridades irlandesas, que privilegiaron el comercio y la producción de especies variadas. Al mismo tiempo, surgieron asociaciones de arrendatarios en la provincia de Leinster,⁷ y desde ahí se extendieron de forma gradual al resto del país. Para protegerse de los excesos de los propietarios; estos grupos contaron con el apoyo de los diputados liberales irlandeses en la Cámara de los Comunes en Londres, quienes supeditados al voto católico irlandés decidieron crear el Partido Independiente Irlandés (*Independent Irish Party*). Este partido fue tomando cada vez mayor fuerza, de manera que para las elecciones de 1852 contaba ya con cuarenta y ocho diputados, esto es, casi el 50 por ciento de los comunes a los que tenía derecho Irlanda en el Parlamento británico (Killeen, 2012: 200). Desde ese momento las demandas de justicia y equidad en favor de los católicos irlandeses ganaron fuerza y uniformidad entre los representantes del pueblo irlandés, pues no permitían que el tema de Irlanda quedara como un asunto secundario o tangencial en la política británica durante la segunda parte del siglo XVIII. Lo comprueba el dato de que para 1874 estos grupos políticos irlandeses ya concentraban cincuenta y nueve escaños en la Cámara de los Comunes, mientras que en 1885 eran ya ochenta y cinco bajo el liderazgo del experimentado diputado irlandés Charles Stewart Parnel,

⁷ Estos grupos siguieron el ejemplo de los arrendatarios en la provincia del Úlster, en donde desde finales del siglo XVIII organizaciones de protestantes presbiterianos habían defendido con éxito sus derechos frente a los terratenientes protestantes anglicanos.

quien fue el encargado de presentar las demandas de su país ante los primeros ministros (UK Parliament, 2018a).

Dicha estrategia produjo buenos resultados para la causa patriótica de Irlanda, pues desde la Cámara de los Comunes comenzaron a emitirse leyes en favor de los campesinos y arrendatarios irlandeses, así como de la Iglesia católica del país. Esto último se vio reflejado en la política desarrollada por el primer ministro liberal William Gladstone, quien de manera intermitente fue primer ministro británico de 1868 a 1894. Gladstone se comprometió a pacificar Irlanda y por ello rompió los vínculos entre el gobierno británico y la Iglesia anglicana irlandesa, con lo que esta última dejaba de ser la Iglesia estatal (UK Parliament, 2017h).

Es claro que Gladstone procuró generar condiciones de mayor acercamiento con Irlanda y por ello, desde la mayoría parlamentaria de su partido, y pese a la férrea oposición de sus rivales conservadores y de la propia Cámara de los Lores, propuso y llevó adelante una ambiciosa reforma agraria y en la tenencia de la tierra que disminuía o incluso eliminaba los gravámenes a los arrendatarios irlandeses católicos, y al mismo tiempo obligaba a los terratenientes protestantes a vender a precios justos y razonables. Asimismo, tales leyes cancelaban todos los impuestos a las tierras propiedad del gobierno británico que se pusieran a la venta en Irlanda. También obligaba a los terratenientes protestantes a enviar los contratos de arrendamiento directamente a Westminster, para que ahí las comisiones legislativas los revisaran para evitar abusos de su parte. Con lo anterior, el primer ministro Gladstone envió el mensaje de que a partir de ese momento sería el Parlamento británico la instancia que tomaría el control sobre la tenencia de la tierra en Irlanda y no más el libre mercado. Una muestra de este activismo de Westminster para aliviar las tensiones con Irlanda fue que de 1870 a 1903 se aprobaron dieciocho leyes parlamentarias para beneficiar principalmente a los arrendatarios irlandeses y frenar así los abusos de los terratenientes protestantes (Killeen, 2012: 202-203).

Ahora bien, pese a la serie de concesiones efectuadas por el gobierno británico en la parte final del siglo XIX, el movimiento patriótico irlandés no cedía terreno y exigía el derecho al autogobierno. Lo anterior contaba con el rechazo expreso de la provincia del Úlster y su mayoría protestante anglicana, que buscaba a toda costa, mediante alianzas con los conservadores británicos y la Cámara de los Lores, impedir la instalación de un autogobierno

irlandés. Tal situación profundizó las diferencias entre el norte y el sur de Irlanda, pues los intereses de ambas regiones permanecían divergentes, no obstante los acercamientos entre la Iglesia católica y las protestantes en toda la isla como resultado de las leyes emitidas poco tiempo antes.

Este movimiento patriótico irlandés tuvo entre las clases medias bajas su semillero natural de activistas, quienes no olvidaban la gran hambruna y sus efectos demográficos adversos. Justo en esa etapa, durante la segunda década del siglo xx, y en medio de rechazos sistemáticos del Parlamento británico para otorgarles el derecho al autogobierno, diversas organizaciones patrióticas irlandesas crearon en 1913 los grupos paramilitares de “voluntarios irlandeses” (*Irish volunteers*). Al inicio estos grupos fueron concebidos para hacer frente a otra corporación paramilitar creada en el Úlster un año antes por los protestantes unionistas y bautizada como Fuerza Voluntaria del Úlster (*Ulster Volunteer Force*).

Estos *Irish volunteers* aprovecharon en 1916 la incertidumbre de la primera guerra mundial y declararon de manera unilateral la independencia de Irlanda de Gran Bretaña en un acontecimiento conocido como el “Alzamiento de Pascua”. Este movimiento encontró inspiración en los postulados políticos del *Sinn Féin*, agrupación política partidista surgida a principios del siglo xx, que demandaba la separación irlandesa de Gran Bretaña y su unidad geográfica total.

El alzamiento de Pascua por parte de los voluntarios irlandeses se orientó sobre todo a ocupar oficinas gubernamentales en Dublín, y desde ahí declararon el surgimiento de una república irlandesa. La respuesta del gobierno británico fue contundente y generó indignación entre amplios sectores sociales de Irlanda, tanto por la fuerza desmedida que causó centenares de muertos —la mayoría civiles inocentes—, como por el castigo infligido a los responsables, cuyos líderes fueron fusilados tras breves juicios y declaratorias de ley marcial. Quizá el elemento de mayor trascendencia de este levantamiento fue que a partir del mismo, el sentimiento nacionalista irlandés tomó nuevas formas en dos frentes: el primero fue a través de grupos civiles armados que de forma irregular en cada oportunidad que se les presentaba confabulaban en contra del gobierno británico y quienes fueron denominados Ejército Republicano Irlandés (*Irish Republican Army*).⁸ El segundo frente

⁸ Cuyas iniciales en inglés son mundialmente conocidas como IRA (Irish Republican Army).

se constituyó por miembros de la Cámara de los Comunes a través del *Sinn Féin*, quienes insistían en la separación del Imperio británico y en su derecho a convertirse en una república independiente.

En este sentido, el hecho más significativo de la estrategia del *Sinn Féin* al interior de la Cámara de los Comunes británica fue su negativa a integrarse y ocupar los setenta y tres asientos obtenidos tras las elecciones de 1918,⁹ y en lugar de ello, en enero de 1919 proclamaron el surgimiento del Parlamento de la República Irlandesa, *Dáil Éireann*,¹⁰ respaldado en términos de fuerza militar por el Ejército Republicano Irlandés (ERI), que reclamaba autoridad sobre toda Irlanda incluyendo el Úlster (UK Parliament, 2017i). Lo anterior provocó una nueva guerra civil entre independentistas encabezados por el *Sinn Féin* y el ERI, y en el otro frente, los unionistas pertrechados por el gobierno británico.

De este modo, tras dos años de conflicto armado (1919-1921) el gobierno británico del primer ministro liberal David Lloyd George, desgastado tras cuatro años de participación en la primera guerra mundial, decidió enviar la propuesta de un Tratado Anglo-Irlandés (*Anglo-Irish Treaty*) al Parlamento británico. Éste a su vez se inclinó, en ambas cámaras, por aprobarla a finales de 1921. Por su parte, los representantes irlandeses reconocidos por el gobierno británico para admitir o rechazar la propuesta británica fueron solamente aquellos que habían ganado su asiento previamente en la Cámara de los Comunes de Gran Bretaña; por ello, serían los únicos avalados constitucionalmente como los legítimos interlocutores y representantes de Irlanda para discutir el Tratado.

Así, después de intensos debates, los diputados irlandeses en una cerrada votación celebrada en diciembre de 1921 se pronunciaron a favor del Tratado, el cual entraría en vigor a partir de marzo del año siguiente. Esta decisión generó polémica y divisiones en el bando independentista irlandés, pues amplios sectores insistían en una independencia total y no parcial, ya que el Tratado propuesto mandataba que el Estado Libre de Irlanda debía mantener su lealtad al monarca George V como legítimo jefe de Estado.

⁹ En estas elecciones para integrar la Cámara de los Comunes al interior del Parlamento británico, el *Sinn Féin* se llevaría setenta y tres asientos, el nacionalista *Irish Parliamentary Party* alcanzaría seis y los unionistas del Úlster, veintiséis. Se considera que esta victoria electoral del *Sinn Féin* fue posible gracias a que alcanzó el 48 por ciento de los votos de los irlandeses (English, 2006: 283-284).

¹⁰ Asamblea de Irlanda en gaélico irlandés.

Entre sus principales características, el Tratado Anglo-Irlandés concedía a Irlanda el mismo estatus constitucional que a los dominios de Canadá y Nueva Zelanda; los miembros del Parlamento del Estado Libre de Irlanda debían prestar su juramento de lealtad a la Corona británica; las fuerzas militares británicas podían tener acceso libre a ciertos puertos irlandeses y contar con su plena colaboración cuando así fuera necesario, aunque se excluyó a los seis condados en el Norte: Antrim, Londonberry, Tyrone, Fermanagh, Armagh y Down (English, 2006: 307), mismos que tras rechazar el Tratado pasaron a formar parte integral del Imperio de Gran Bretaña, como Irlanda del Norte.

De ese modo, el Tratado confirmó la división de Irlanda en dos partes autónomas, una al Norte, que comprendía los seis condados señalados de mayoría protestante en el Úlster, y otra al Noreste y al Sur, compuesta por los veintiséis condados restantes de mayoría católica. Cada una de las dos Irlandas debía tener su propio Parlamento dividido en dos cámaras, y un Ejecutivo responsable del gobierno central; sin embargo, Irlanda del Norte rechazó conformarse como un gobierno autónomo y, apegándose a lo establecido en el artículo 12 del Tratado, solicitó no ser considerada un Estado libre, lo que significaba su adhesión al Reino de Gran Bretaña (UK Parliament, 2017i).

En este sentido, de conformidad con el Tratado, el Estado Libre de Irlanda celebró sus elecciones en enero de 1922, acontecimiento que supuso la dimisión *de facto* del líder independentista Éamon de Valera, quien había fungido como presidente y líder del rebelde *Dáil Éireann*, en el cual se mantenía al frente de cincuenta y siete de los ciento veintinueve diputados (University College Cork, 2017). Cabe añadir que la aprobación del Tratado Anglo-Irlandés significó, al mismo tiempo, el reconocimiento británico hacia las nuevas autoridades irlandesas.

Posteriormente, la escasa mayoría de diputados pro Tratado —sesenta y cuatro contra cincuenta y siete que lo rechazaron— decidieron conformar un gobierno provisional y elegir a uno de los sobrevivientes del alzamiento de Pascua, Michael Collins, quien había sido un brillante estratega militar y político que buscaba una solución negociada de mediano plazo con Gran Bretaña para alcanzar la independencia absoluta de Irlanda. De este modo, Collins encabezó los esfuerzos irlandeses para administrar los veintiséis condados de mayoría católica, y para hacer posible la convocatoria al establecimiento de un Parlamento y un gobierno para el nuevo Estado Libre de Irlanda;

no obstante, es preciso añadir que en términos prácticos, con el Tratado Anglo-Irlandés Irlanda se convertía en un dominio británico —tal y como lo eran Canadá y Nueva Zelanda— con libertad para elegir su propio Parlamento, pero siempre bajo la autoridad y aprobación del monarca.

De esta manera, en medio de las divisiones entre irlandeses pro Tratado y anti Tratado, se convocó a elecciones en junio de 1922 para conformar el primer gobierno del Estado Libre de Irlanda. A partir de ese momento el Parlamento irlandés se elevó como una Asamblea Constituyente con el objetivo de crear los marcos legales para un gobierno institucional con reconocimiento pleno de Gran Bretaña y del resto del mundo. Este hecho desembocó en una nueva guerra civil entre 1922 y 1923. En este nuevo capítulo histórico, las autoridades del Estado Libre de Irlanda, con la legitimidad legislativa que le confería ser un gobierno electo, y con el apoyo británico, se enfrentaron a fracciones irlandesas del ERI, las cuales desconocían, entre otras cosas, el Tratado Anglo-Irlandés, el gobierno del Estado Libre de Irlanda, a su Parlamento y al monarca británico (Houses of the Oireachtas, 2017a). En su lugar, el *Sinn Féin* y el ERI proclamaban el surgimiento de una República de Irlanda para toda la isla, más allá de los veintiséis condados de mayoría católica reconocidos por el gobierno de Gran Bretaña.

El resultado de la guerra civil fue una derrota de los republicanos y del ERI. En este acontecimiento armado perdería la vida, en una emboscada, Michael Collins, quien no solamente fungía como presidente del gobierno provisional, sino también como comandante en jefe de las fuerzas armadas irlandesas. Tras su muerte, en agosto de 1922, el Parlamento irlandés designó como el primer presidente de Irlanda a William Thomas Cosgrave, de acuerdo con el viejo modelo parlamentario de designación de jefe de gobierno.¹¹

El nuevo gobierno irlandés comenzaría sus funciones el 6 de diciembre de 1922, dos meses después de haber sido promulgada su Constitución. De este modo nacería el Estado Libre de Irlanda (*Saorstát Éireann*). A partir de ese momento y hasta 1937 el gobierno y el gabinete irlandeses conformaron un Consejo Ejecutivo, en el cual el jefe del gobierno era reconocido como su presidente, y de ese modo fungía como el elemento regulador de la política interna. Dentro de ese esquema, el Artículo 12 de la Constitución del Estado Libre de Irlanda creó por mandato un *Oireachtas* o Parlamento. A la

¹¹ Debe recordarse que en ese momento la figura de jefe de Estado formal seguía recayendo en la Corona británica.

cabeza de este último se encontraba el monarca británico como jefe de Estado. Asimismo, se incluyeron dos cámaras legislativas de acuerdo con los usos y costumbres irlandesas: una Cámara de Diputados (*Dáil Éireann*) y un Senado (*Seanad Éireann*), ambas elegidas por el pueblo (Houses of the Oireachtas, 2017a).

El Senado estaría conformado por sesenta miembros distinguidos por su labor en favor del pueblo y serían electos para fungir en el cargo por periodos trianuales y así se mantendría hasta 1936. Por sus orígenes británicos, esta versión del Senado irlandés se encontraba en estrecha relación con el gobernador general designado para Irlanda, figura que la propia Constitución irlandesa había establecido en su Artículo 60. Por ello, ambas cámaras tuvieron constantes roces entre 1922 y 1932, sobre todo por la intención del *Dáil Éireann* de ignorar el juramento de lealtad al monarca británico, y por la insistencia del *Seanad* en cumplir con el protocolo. Esta situación provocó una serie de tensiones que no lograrían superarse entre ambas instancias legislativas hasta la abolición del Senado en 1936 (Houses of the Oireachtas, 2017b).

El periodo de gobierno de William Thomas Cosgrave, de 1922 a 1932, se distinguió por buscar pacificar al país a toda costa y sentar las bases para el establecimiento de una Irlanda separada de Gran Bretaña. Cosgrave afirmaba, como presidente del Consejo Ejecutivo irlandés y como cabeza del Parlamento de Irlanda, que el sistema de justicia, las leyes y las instituciones les habían sido impuestas a los irlandeses desde el exterior, lo cual significó la suplantación de los usos y costumbres locales que se encontraban operando como parte de un mismo organismo vivo desde siglos atrás. En este sentido reiteraba:

El cuerpo de leyes y el sistema de Judicatura que se imponía a la nación eran ingleses (ni siquiera británicos) en su simiente; ingleses en su crecimiento, ingleses en su vitalidad [...]; por ello no se arraigaron en el fértil suelo de esta nación. Por lo tanto, no hay nada máspreciado entre nuestras libertades recién ganadas que la libertad de constituir un sistema judicial y una administración de la ley y la justicia, según los dictados de nuestras propias necesidades y según un patrón de nuestra propia concepción. Esta libertad se instaura y el derecho se establece en la Constitución elaborada y aprobada por los representantes electos de nuestro pueblo (Jordan, 2006: 87).

Es importante señalar que Cosgrave se caracterizó por combatir de manera implacable a las fuerzas irregulares del ERI con la meta de apaciguar

al país y dar paso a una anhelada estabilidad política que le permitiera a Irlanda su emancipación del Imperio británico. Para lograrlo era fundamental desarmar a los disidentes; por ello estableció desde el *Oireachtas* una serie de leyes que castigaban de forma severa la posesión de armas en tiempos de guerra civil. En esta línea, Cosgrave se posicionó frente a sus críticos de la siguiente manera: “Vamos a conseguir las armas aun si tenemos que buscar en todos los hogares del país. Las personas que roban armas van a ser llevadas ante los tribunales militares y si se las encuentra culpables serán ejecutadas sin distinción” (Jordan, 2006: 65).

El principal argumento del gobierno de Cosgrave fue que la ley castigaría severamente a aquellos que atentaran en contra de los representantes del pueblo irlandés. Incluso en reuniones con líderes moderados del ERI les expresó lo siguiente: “Estoy llegando a la conclusión de que si vamos a otorgar clemencia en cualquier momento sólo será si los irregulares lo desean [...]. No voy a dudar tratándose de la sobrevivencia del país, [incluso] si ello significa exterminar a diez mil republicanos. Los tres millones de nuestro pueblo son muchos más que esos diez mil” (Jordan, 2006: 67).

De esta manera, su firme convicción y sus acciones lograron la pacificación del país para mediados de 1923, justo cuando las milicias rebeldes del *Sinn Féin* decidieron entregar sus armas y sumarse a los esfuerzos políticos para integrar una nueva agrupación partidista conocida como *Fianna Fáil* (o “Guerreros del Destino”), fundada por el experimentado líder nacionalista Éamon de Valera en 1926, quien desde sus inicios se erigió como el heredero de los postulados independentistas del *Sinn Féin*, pero desde un plano más político.

A raíz de la pacificación del país, la gestión de William Thomas Cosgrave se concentró en desmovilizar y reducir el personal militar irlandés para destinar recursos a otras áreas administrativas, decisión que provocó una amplia animadversión entre buena parte de los militares. También negoció con éxito y evitó que el gobierno británico, con apoyo de las autoridades de Irlanda del Norte, anexara territorio del condado norteño de Donegal en favor de la población protestante de la región.

Es necesario señalar que el periodo de Cosgrave se caracterizó por sus decisiones verticales, debido a la ausencia de debates parlamentarios que cuestionaran sus acciones de gobierno, pues debe recordarse que la suya fue una administración en la que el Parlamento le confirió facultades extraordi-

narias al ostentar el estatus de presidente del Consejo Ejecutivo de país. De acuerdo con tal dinámica, Cosgrave convocó a nuevas elecciones para junio de 1927, y en ellas la agrupación que lideraba, *Cumann na nGaedheal* (Sociedad de los Irlandeses), obtendría cuarenta y siete de los ciento cincuenta y tres escaños parlamentarios en disputa; no obstante el *Fianna Fáil* de Valera quedaría con cuarenta y cuatro curules como la segunda fuerza política.¹²

Lo anterior permitió a Éamon de Valera colocar en una posición complicada al gobierno de Cosgrave, toda vez que rechazó que los cuarenta y cuatro diputados electos por su partido juraran lealtad al monarca británico al momento de pronunciar el Discurso del Trono irlandés. Ello generó una aguda crisis institucional, pues no era posible echar a andar el gobierno cuando cerca de una tercera parte de sus comunes desconocía a la autoridad británica; sin embargo, el asesinato del vicepresidente del Consejo Ejecutivo, Kevin O'Higgins, al parecer por miembros del ERI, ocasionó que el presidente Cosgrave aprobara una reforma parlamentaria que hacía posible decretar al *Fianna Fáil* como un partido ilegal, con el riesgo de arrojarlo a la clandestinidad si su líder y fundador, Éamon de Valera, insistía en negarse a jurar lealtad a la Corona británica.

Por ello, ante la amenaza de la desaparición política y el riesgo que implicaba convertir al *Fianna Fáil* en una agrupación ilegítima y clandestina, Éamon de Valera aceptó llevar a cabo el juramento de toda su bancada, pero de inmediato, gracias al carácter minoritario del gobierno de Cosgrave, su fracción parlamentaria convocó a nuevas elecciones para el mes de septiembre de 1927.

En esas elecciones *Fianna Fáil* incrementó a cincuenta y siete el número de sus diputados en el Parlamento, tras recibir el 35 por ciento de los votos; sin embargo, el partido *Cumann na nGaedheal* de Cosgrave alcanzó sesenta y dos curules tras acumular el 38.6 por ciento. Si bien Cosgrave mantuvo el poder, lo cierto era que para ese momento Éamon de Valera y sus correligionarios ya habían logrado elaborar una plataforma electoral atractiva para los irlandeses nacionalistas, toda vez que manifestaban una vocación comprometida con el desarrollo económico de Irlanda.

Es oportuno señalar que en general la administración de Cosgrave, sobre todo en su periodo de 1927 a 1932, tuvo mayores matices de carácter

¹² Todas las cifras y porcentajes que se presentarán al respecto fueron obtenidos de *Elections. Northern Ireland Elections* (2017a).

conservador, sobre todo por la disciplina hacendaria que puso en marcha en detrimento de los programas sociales. A nivel interno impulsó la agricultura, pero mantuvo a la industria irlandesa muy dependiente de la británica, situación que hizo que se resintieran con mayor fuerza los efectos de la crisis de 1929, pues las estructuras productivas industriales del país dependían casi en su totalidad de las de Gran Bretaña.

Al interior del Parlamento irlandés, la fracción de De Valera logró concretar alianzas políticas con otras agrupaciones, como el Partido Laborista Irlandés o el Partido Agrario, con la ayuda de los cuales lograron paulatinamente excluir de todas las referencias parlamentarias a la figura del monarca británico, de manera que para 1936 ya habían sido removidas prácticamente en su totalidad (UK Parliament, 2017j).

De esta forma, con el *Fianna Fáil* en franco crecimiento y el desgaste del presidente Cosgrave, Éamon de Valera se alzó finalmente con el triunfo en las elecciones de 1932, después de alcanzar setenta y siete asientos parlamentarios contra los cincuenta y cuatro de sus más cercanos oponentes de *Cumann na nGaedheal*. Esto fue posible gracias a que el partido de De Valera obtuvo el 44.5 por ciento de la votación, lo que le permitió convertirse en el primer ministro del Estado Libre de Irlanda, después de que el gobernador general, como representante de la Corona británica, lo reconociera como jefe de gobierno.

Una de las primeras acciones del gobierno de De Valera fue suprimir el juramento de lealtad a la Corona británica y disminuir los tributos económicos a Gran Bretaña. Lo anterior generó conflictos entre el Parlamento irlandés y su contraparte en Westminster, lo que derivó en una serie de sanciones de carácter económico en contra de Irlanda. Pese a ello, De Valera mantuvo sus objetivos independentistas, y en un intento por fortalecer aún más su posición al interior del *Dáil* irlandés decidió adelantar las elecciones para enero de 1933. En éstas *Fianna Fáil* alcanzó el 49.7 por ciento de los sufragios, situación que le otorgó un gobierno de mayoría.

Aunado a lo anterior, De Valera logró consolidar una alianza parlamentaria con el Partido Laborista Irlandés, razón por la que contó con una holgada mayoría que le permitió reforzar sus intenciones independentistas. Así, desde la posición de primer ministro Éamon de Valera aprobó una serie de profundas reformas constitucionales en 1933 que permitieron la abolición del polémico juramento de lealtad a la Corona, el cual debían realizar todos

los miembros de la Cámara baja (*Dáil Éireann*) y los senadores de la Cámara alta (*Seanad Éireann*) antes de ocupar sus asientos. Como debe recordarse, éste fue el motivo que inició la guerra civil de 1922-1923.

Dentro de esta dinámica reformista constitucional parlamentaria, para 1934 se eliminó la designación de miembros de la universidad para gozar de asientos en el Senado, costumbre impuesta desde la Gran Bretaña. Lo anterior preparó el terreno para la abolición del Senado en 1936, después de que dicho organismo se distinguiera más por ser un instrumento del monarca británico en contra de los intereses irlandeses, que una sede de defensores y representantes del pueblo. Ello se expresó de manera constante en las luchas parlamentarias entre la *Dáil* y el *Seanad* desde la puesta en marcha del tercer Parlamento en 1922. De esta forma, después de rechazar la Enmienda Constitucional 24, que mandataba su desaparición, el Senado fue abolido el 29 de mayo de 1936 (Houses of the Oireachtas, 2017b).

Para diciembre del mismo año, 1936, todas las referencias a la Corona fueron suprimidas de la Constitución, aprovechándose la reciente abdicación del monarca Edward VIII. En esas mismas deliberaciones, la Enmienda 27 abolió el cargo de gobernador general. En su lugar se propuso crear el puesto de presidente de gobierno (*Taoiseach*) para legitimar las acciones del primer ministro en funciones, quien sería electo cada siete años por medio del método de elección de segunda vuelta instantánea (*alternative vote*). También se propuso crear un nuevo Senado con sesenta miembros, que serían renovados en cada elección. De ellos, once serían designados directamente por el presidente, seis por las universidades del país, y los restantes cuarenta y tres a través de paneles especiales de nominación conocidos como paneles vocacionales. Éstos se integrarían por miembros de la Cámara baja, por senadores salientes y por representantes del gobierno federal (Houses of the Oireachtas, 2017b).¹³

Una vez aprobada la nueva Constitución por el Parlamento irlandés, se estableció entonces que la misma sería sometida a referéndum el mismo día de las elecciones siguientes, programadas para el 1º de julio de 1937. Debe añ-

¹³ En la actualidad el Senado irlandés mantiene sus directrices fundacionales e incluye entre sus miembros a individuos que poseen un conocimiento especial o experiencia en diversos temas: administrativos, agrícolas, culturales, comerciales o laborales. En realidad, los nominados suelen ser miembros del partido ganador, y en algunos casos candidatos que perdieron su elección para el *Dáil* o Cámara baja.

dirse que durante su gestión de 1933 a 1937, el gobierno de De Valera se caracterizó por el enfriamiento de relaciones entre su partido, el *Fianna Fáil* y las fracciones aún activas del ERI. Lo anterior, ya que el Ejército Republicano Irlandés insistía en retomar los posicionamientos violentos de rompimiento frontal con Gran Bretaña para así satisfacer a sus bases irlandesas nacionalistas; no obstante, De Valera insistió en mantener una estrategia más orientada hacia un pragmatismo constitucional gradual de mediano plazo. Estas divergencias generaron agudas críticas del ERI en contra del primer ministro y del *Fianna Fáil*, al acusarlos de ser antirrepublicanos y marionetas desenmascaradas del Estado. Ante ello, el gobierno de De Valera decidió proscribir a toda la organización, para lo cual recibió el apoyo parlamentario del *Dáil* durante el verano de 1936 (English, 2006: 332).

Una vez consolidado su poder y la estabilidad política irlandesa, De Valera encaró las elecciones de julio de 1937. En ellas se redujo el número de curules en el *Dáil* al pasar de 153 a 138. En dichos comicios el *Fianna Fáil* y De Valera conservaron su gobierno de mayoría, tras alcanzar el número mínimo de diputados necesarios con sesenta y nueve, y el 45.2 por ciento de los votos. La victoria del *Fianna Fáil* en 1937 puede considerarse como una ratificación del mandato de De Valera y de la propia Constitución, la cual fue aprobada por el pueblo en el referéndum de ese mismo 1° de julio.

Posteriormente, el 29 de diciembre de 1937, el Parlamento irlandés declaró en sesión solemne la entrada en vigor de la nueva Constitución, que de conformidad con su Artículo 4 estableció un nuevo nombre para el país: Éire (Irlanda). El Artículo 5 decretó que Irlanda era un Estado soberano, independiente y democrático. Del mismo modo, el Artículo 15 determinó que desde ese momento el Parlamento nacional sería denominado y conocido como *Oireachtas*, que estaría conformado por un presidente y dos cámaras, una de Representantes del Pueblo (*Dáil Éireann*) y un Senado (*Seanad Éireann*), y que a partir de entonces el *Oireachtas* sería la única autoridad legislativa facultada para emitir las leyes del Estado. Asimismo, el Artículo 28 estableció que el primer ministro sería el jefe de gobierno y se lo llamaría *Taoiseach* (Houses of the Oireachtas, 2017b).

Debe agregarse que el *Oireachtas* de diciembre de 1937 determinó que la Constitución sólo podría enmendarse por una ley ordinaria aprobada previamente por el mismo órgano durante los tres años siguientes a la entrada

en funciones del primer presidente.¹⁴ En cumplimiento de ese mandato, el 25 de junio de 1938 Éire tuvo a su primer presidente designado por el *Oireachtas* en la persona de Dubhglás de Híde, a quien se consideró como un político conciliador, independiente y apartidista.

Pese a los éxitos políticos de De Valera, la posición de su partido al interior del *Oireachtas* se encontraba muy comprometida, ya que su gobierno superaba por sólo una curul al conjunto de la oposición. Por ello, decidió convocar a nuevas elecciones en junio de 1938, para reforzar su presencia parlamentaria aprovechando el fervor nacionalista como resultado de la nueva Constitución irlandesa. En esos comicios, el *Fianna Fáil* de De Valera efectivamente consolidó su posición en el *Oireachtas*, tras conseguir setenta y siete asientos y casi el 52 por ciento de la votación. Tales cifras le dieron la comodidad parlamentaria para trabajar en la conformación de Irlanda como una república independiente y separada de forma definitiva de Gran Bretaña, ya que aún el Imperio británico dictaba buena parte de las relaciones de Irlanda con el exterior.

Durante dicho lapso, el *Fianna Fáil* se consolidó como el partido de la nación y el más receptivo ante las demandas populares, con una amplia experiencia en la movilización política y un fuerte compromiso de justicia social. Por su parte, el *Cumann na nGaedheal* reaccionó de manera muy negativa tras perder el poder, e incluso permitió la integración de grupos nazis entre sus filas, como los conocidos “camisas azules”. Eso provocó fuertes diferencias en su interior, lo que obligó al partido a refundarse en los años treinta como *Fine Gael* (familia de Gael o de los irlandeses), con fuertes tendencias conservadoras. Esta agrupación fue adoptando diversos elementos para diferenciarse de *Fianna Fáil* entre los electores. Sus principales características fueron que se asumía como partido del Estado; enfatizaba sus objetivos a nivel institucional y procuraba no mencionar al pueblo; insistía en la necesidad de brindar apoyos económicos a los grandes productores agrícolas y a la clase media alta, de la cual provenía la mayoría de sus integrantes. En general, fue considerado un partido ortodoxo (Killeen, 2012: 264-265), que insistía en la responsabilidad fiscal.

De este modo, el gobierno de De Valera correspondiente al periodo 1938 a 1943 se concentró en consolidar la estabilidad política del país y en desa-

¹⁴ A partir de 1941 el *Oireachtas* decretó que la Constitución sólo podría ser modificada previo referéndum.

rollar los instrumentos necesarios para alcanzar la independencia irlandesa en materia de política exterior, lo que le conferiría su separación total de Gran Bretaña. Para ello, se valió de la mayoría parlamentaria de que gozaba su partido, el *Fianna Fáil*. Durante dicho lapso, las sanciones económicas británicas en contra de Irlanda fueron disminuyendo en buena medida gracias al carácter más moderado que adoptó De Valera en su relación con Londres. De hecho, la devolución a Irlanda de tres puertos ocupados por las fuerzas navales inglesas fue considerada un signo de la reconciliación británica con la actitud neorpublicana del “cabeza de gobierno”, Eámon de Valera.¹⁵

En 1943, tal y como lo mandataba la Constitución, De Valera pidió al presidente Dubhglás de Híde convocar a nuevas elecciones el 23 de junio y disolver el *Oireachtas* para conformar un nuevo gobierno.¹⁶ *Fianna Fáil* volvió a resultar ganador tras conseguir sesenta y siete curules y el 41.8 por ciento de los votos; no obstante, De Valera no alcanzó la mayoría parlamentaria que le permitiría seguir con su programa de gobierno sin negociar con las otras fuerzas. Por ello, confiado en su buena imagen convocó a nuevas elecciones al año siguiente (1944), con el argumento de la necesidad de fortalecer la neutralidad irlandesa durante los difíciles años de la segunda guerra mundial, por lo que su gobierno requería de una mayoría absoluta para encarar lo que se requiriera en relación con las hostilidades en Europa.

En este sentido, el gobierno de De Valera tuvo la habilidad de mostrarse al mismo tiempo independiente y empático con la causa aliada, postura que se extendió entre la opinión pública de Irlanda en aquellos años; no obstante, resulta necesario señalar que esta neutralidad irlandesa dependió totalmente de la protección británica, ya que Irlanda no habría tenido capacidad de defenderse si la Alemania nazi hubiese decidido invadir la isla. Es decir, la armada británica sirvió de escudo de las costas irlandesas durante los años de la guerra. Oficialmente, De Valera mantuvo una política de neutralidad a toda prueba, pero en realidad mostró cierta inclinación por Gran Bretaña. Por ejemplo, si un piloto alemán era derribado y caía en paracaídas en territorio irlandés, inmediatamente se lo encarcelaba hasta que concluyera la gue-

¹⁵ Es importante considerar que uno de los rasgos políticos identitarios de la República de Irlanda es llamar a su primer ministro en funciones “cabeza de gobierno”, en un esfuerzo por distinguirse de sus contrapartes de otros lugares del mundo, que llevan a la práctica el sistema parlamentario de Westminster.

¹⁶ La Constitución irlandesa permite periodos parlamentarios de hasta siete años, pero en la práctica no sobrepasan los cinco con un gobierno de mayoría.

rra; por el contrario, si a un piloto británico o aliado le sucedía lo mismo, era rápidamente trasladado a Irlanda del Norte sin mayores preguntas (Killeen, 2012: 267). Por todo lo anterior, De Valera y su partido obtuvieron el triunfo en las elecciones del 30 de mayo de 1944, tras alcanzar setenta y seis de los ciento treinta y ocho asientos en disputa, cifra que devolvía al *Fianna Fáil* su posición como partido mayoritario en el *Oireachtas*.

Una vez concluida la segunda guerra mundial, Irlanda no recibió los beneficios del Plan Marshall en una primera instancia y, por ello, fue el único país del bloque capitalista que no mostró crecimiento económico en los años de la posguerra y sí en cambio una contracción mantenida. Lo anterior obedecía a que la industrialización aún no se consolidaba en su territorio y en su lugar se privilegió la producción agrícola, cuyas exportaciones no podían soportar toda la economía irlandesa (Killeen, 2012: 267-268). Fue hasta finales de la década de los cuarenta cuando Estados Unidos decidió inyectar capital para el desarrollo de Irlanda, sobre todo para fortalecer su productividad en el campo y multiplicar sus ventas al exterior, principalmente hacia Gran Bretaña. El motivo de esta ayuda fue el riesgo de que la ideología socialista se expandiera en el país como producto de la pobreza y la marginación en la que venía sumergiéndose de nuevo.¹⁷ Sólo de esta manera fue posible que Irlanda recibiera apoyo de Occidente para reactivar su maltrecha economía.

En medio de este escenario de crisis interna se convocó a nuevas elecciones en febrero de 1948, en las cuales se incrementó el número de asientos en el *Oireachtas* al pasar de 138 a 147. En dicho proceso, el *Fianna Fáil* de De Valera ganó sesenta y ocho curules en el *Dáil* y el 41.9 por ciento de los sufragios, lo que le confería el derecho a encabezar un gobierno de minoría; sin embargo, una sorpresiva coalición entre todos los demás partidos de la oposición, encabezados por el *Fine Gael*, así como los laboristas y algunos antiguos miembros del *Fianna Fáil*, agrupados en otros partidos y descontentos con su antiguo líder, posibilitó la conformación del primer gobierno de coalición en Irlanda. Este último grupo resultó fundamental para integrarlo, ya que sus diez asientos en el Parlamento y el 13 por ciento de la votación a su favor fracturaron al *Fianna Fáil*. Esta nueva agrupación partidista se llamó *Clann na Poblachta* (Partido de la República) y fue fundada

¹⁷ Para más información acerca del apoyo estadounidense a la economía irlandesa de la posguerra se recomienda consultar History Ireland (2017).

por el líder del ERI, Sean MacBride (English, 2006: 351). En ella se agruparon antiguos federalistas y jóvenes socialistas desencantados con el estilo de De Valera.

El nuevo primer ministro de este gobierno coaligado fue el líder del *Fine Gael*, John A. Costello, quien sería el encargado de buscar equilibrar una agenda diversa entre sus aliados políticos, impulsando por un lado propuestas conservadoras en materia hacendaria, pero al mismo tiempo promoviendo acciones de corte social, como el apoyo médico gratuito a madres y menores de edad, proyecto cuyo objetivo era hacerse extensivo al resto de la sociedad (English, 2006: 352); no obstante, sin duda el gran acontecimiento político que marcaría a esta administración fue la Ley de la República de Irlanda de 1948, la cual decretó que: “El presidente, con la autoridad y el permiso del gobierno, puede ejercer el poder ejecutivo o cualquier otra función ejecutiva del Estado con el exterior o en sus relaciones externas” (Houses of the Oireachtas, 2017b).

Este documento fue aprobado por el *Oireachtas* el 18 de abril de 1949, y mandató simultáneamente el establecimiento de la República de Irlanda, lo que significó su salida *de facto* de la Commonwealth, debido a que dicho organismo no permitía la inclusión de repúblicas, pues éstas no mantenían como jefe de Estado al monarca británico en turno. Precisamente por eso la ley irlandesa que establecía la autonomía del presidente en sus decisiones de política exterior significó, al mismo tiempo, la ruptura del último lazo que ató por siglos a Irlanda con Inglaterra, y posteriormente con Gran Bretaña.

Debe agregarse que la Ley de la República de Irlanda fue un documento que contó con el apoyo absoluto del *Oireachtas*, y se convirtió en la bandera política del gobierno de John A. Costello, quien pese a ello perdería en las siguientes elecciones de 1951 frente a Éamon de Valera y su partido, sobre todo por los roces de Costello con la Iglesia católica como resultado de su propuesta de apoyo médico gratuito para madres y menores de edad. Este proyecto gubernamental potencialmente significaba, a juicio de las autoridades católicas irlandesas, el inicio de una etapa de planificación familiar o de campañas pro aborto asesoradas e impulsadas por el Estado irlandés (English, 2006: 352). A lo anterior debe agregarse que la relación de De Valera con los católicos siempre fue de cordialidad, toda vez que su gobierno toleró y no tocó los intereses de la Iglesia católica, la cual prácticamente monopolizó el sistema educativo y se otorgó a sí misma el derecho de educar a generaciones completas (Killeen, 2012: 269-270).

Así, a partir del regreso del *Fianna Fáil* al gobierno, a principios de la década de los cincuenta del siglo xx, esta agrupación y el *Fine Gael* se han consolidado como los partidos políticos más importantes en la República de Irlanda, en donde el primero ha conseguido once veces colocar a su líder como cabeza de gobierno, incluidas las elecciones de junio de 2017. Por su parte, desde el proceso electoral de 1951 y hasta 2017, el *Fine Gael* ha logrado ser gobierno en siete ocasiones, después de resultar vencedor en las correspondientes competencias comiciales.

Si bien la instauración de la República de Irlanda supuso el rompimiento definitivo con Gran Bretaña, su Parlamento y su sistema Westminster, lo cierto es que Éire tiene vínculos históricos muy complejos y difíciles de fracturar con los británicos, ya que su estilo de gobierno, aunque no es considerado parte del sistema Westminster, sí comparte orígenes y prácticas, y es por ello que ha sido incluido en este trabajo.

Aunado a lo anterior, el tema de Irlanda del Norte es un asunto aún pendiente en el que la República de Irlanda ha tenido que poner en juego la mejor diplomacia con sus contrapartes británicos, ya que muchas de las estructuras políticas y sociales de los seis condados de mayoría protestante del Úlster comparten usos y costumbres con Gran Bretaña que predominan en su política en la actualidad. De ellos se hablará a continuación.

El caso de Irlanda del Norte

Tal y como ya se mencionó, el territorio irlandés comenzó a llevar a cabo su propio esquema de representación con los hombres de mayor influencia de la región en Castledermont, Leicester. En ese sitio se adoptó el funcionamiento del parlamentarismo inglés una vez consolidada la conquista normanda de toda la región. Se determinó que los condados enviarían caballeros y posteriormente burgueses; sin embargo, tal y como se ha señalado, los asistentes a estos parlamentos irlandeses de ninguna manera podían considerarse representantes del pueblo, ya que formaban parte de un compacto grupo de conquistadores, los cuales no encarnaban los intereses del país, y sí en cambio aceptaban las directrices que les mandaban desde el Parlamento de Inglaterra.

Por ello, tras la consolidación del poderío inglés en tierras irlandesas, entre finales del siglo xvi y principios del xvii, después de derrotar las suble-

vaciones gaélicas de los clanes locales, O'Donnell y O'Neill,¹⁸ las autoridades inglesas se empeñaron en establecer con éxito un asentamiento de mayoría protestante en el norte de la isla, de manera particular en seis condados de la provincia del Úlster. Para lograrlo, enviaron colonos ingleses y escoceses protestantes a los actuales condados de Londonberry, Antrim, Down, Armagh, Tyrone y Fermanagh. Ésta fue la más grande y mejor organizada entre todas las colonizaciones previas y posteriores en Irlanda. Su objetivo principal fue anclar los intereses ingleses en la zona y así persuadir a los habitantes de toda la isla de que la Corona había llegado para quedarse. Al mismo tiempo, toda la región del Úlster se constituyó en un cinturón protestante que serviría de freno ante cualquier intento de reconquista católica.

La colonización del Úlster supuso la extinción de los derechos feudales irlandeses y, de manera simultánea, la adopción del sistema jurídico inglés. Entre las nuevas leyes sobresalía el mandato para los recién llegados propietarios protestantes, conocidos como *undertakers*, mediante el cual tenían prohibido arrendar y más aún vender sus tierras a irlandeses católicos, situación que los obligaba a llevar agricultores y trabajadores escoceses o ingleses para su tarea colonizadora. Dichos reglamentos determinaron también que a la población católica del Úlster debían reubicarla en los condados del oeste y del sur de la propia provincia: Donegal, Monaghan y Cavan. De igual modo, a la Iglesia protestante anglicana le fue concedida la totalidad de los inmuebles católicos confiscados, para desde ahí llevar a cabo sus esfuerzos de conversión de católicos al protestantismo.

Desde luego que la migración protestante al Úlster generó una serie de debates al interior de la Cámara de los Comunes, pues se consideraba que el monarca James I de Inglaterra y VI de Escocia buscaba aglutinar ambos países en torno a una nueva unidad política; sin embargo, tras recibir el rechazo contundente de la Cámara de los Comunes el monarca concentró su atención en unificar a ingleses y escoceses en torno a una causa común, y esa causa podía ser la colonización del Úlster en Irlanda (Bardon, 2012: 111-112).

¹⁸ Este acontecimiento es conocido como la Guerra de los Nueve Años (1594-1603), y en él la Corona inglesa sometió militarmente a un nutrido grupo de clanes gaélicos irlandeses. Dicha victoria tiene especial relevancia porque a partir de ella Inglaterra decidió implantar una gran colonia protestante en las tierras confiscadas, con individuos totalmente leales a sus intereses. Cabe agregar que la región del Úlster se había caracterizado por ser la más católica y anti-inglesa de toda la isla durante el siglo XVI (Bardon, 2012).

Al mismo tiempo, los cuestionamientos del orden moral comenzaron a ser cada vez más reincidentes en las discusiones parlamentarias. Por ello, se distribuyeron panfletos en donde se justificaba la colonización por varias razones. La primera de ellas era porque las tierras estaban despobladas y los nativos no alcanzaban a cubrir ni la tercera parte de las mismas; las demás, porque los irlandeses ya habían probado ser desleales e inconstantes en sus deberes; eran pobres, mal educados, poco considerados para educar a sus hijos y, por lo tanto, también eran incapaces de construir castillos o casas, de explotar los bosques y de mejorar la producción agrícola. Para reforzar estos planteamientos racistas, los ingleses se apoyaban en citas bíblicas que describían la conquista y colonización de la tierra de Canaán por los hijos de Israel (Bardon, 2012: 129-130).

Al considerar tales elementos, podemos afirmar que la colonización protestante del Úlster durante los siglos XVII y XVIII fue una tarea que posicionó a Inglaterra, y posteriormente a Gran Bretaña, con la fuerza necesaria para gobernar y defender a su propia población, aunque esta última hubiese sido implantada a través de proyectos de gobierno tendentes a desaparecer a los pobladores católicos originarios del lugar.

Las autoridades del Úlster estaban plenamente identificadas con los usos y costumbres políticas de Londres y Westminster. La figura encargada de administrar los territorios irlandeses ostentaba el título de “lord teniente” de Irlanda o “lord diputado”. Era el representante directo del monarca y, por ello, el jefe de gobierno irlandés, y aunque gozaba de reconocimiento al interior de la Cámara de los Comunes británica no tenía la obligación de presentar reporte alguno ante el Parlamento o las asambleas irlandesas. Sin duda, uno de los lores tenientes más conocidos fue lord Sir Arthur Chichester, quien ejerció el cargo entre 1604 y 1615, encargándose de planificar y ejecutar con éxito la colonización del Úlster en unos cuantos años.

Una vez consolidada la presencia protestante inglesa y escocesa al norte de Irlanda, los conflictos con los católicos se focalizaron al oeste y al sur del Úlster —en las provincias de mayoría católica— y desde ahí se generaron diversos conflictos de carácter político, social, económico y militar durante los siglos XVII, XVIII y XIX, mismos que desangraron severamente al país, tal y como ya se señaló previamente. Pese a ello, “las colonias en el Úlster se utilizaron como guarniciones británicas en Irlanda. Esta política colonial cimentada en los vínculos tradicionales entre Irlanda del Norte y Escocia occidental

envolvió de modo inextricable a los tres reinos el uno con el otro, en formas que aún persisten hasta nuestros días” (Burns, 2010: 108).

No obstante, la presencia católica de irlandeses gaélicos en la provincia del Úlster continuó como un asunto no resuelto para el gobierno británico a finales del siglo XIX, ya que este segmento de la población se consideraba a sí mismo parte de la nación irlandesa y con derecho a un gobierno autónomo; todo ello al mismo tiempo que los unionistas protestantes del Úlster desarrollaron con el paso de los siglos una identidad británica y una firme lealtad hacia la Corona.

Estas tensiones sociales en el Úlster se incrementaron conforme fue discutiéndose en la Cámara de los Comunes en Londres la posibilidad de conceder un Estatuto de Autonomía (*Home Rule Bill*) para toda Irlanda, lo que significaba otorgar autonomía de gobierno a través de un ejercicio parlamentario local para toda la isla. El primero de estos esfuerzos fue el *Home Rule Bill* discutido en junio de 1886 en Westminster, pero al final se rechazó por votación mayoritaria en la Cámara baja, lo cual provocó protestas callejeras en los barrios católicos en Belfast, que terminaron reprimidas por fuerzas militares y policíacas que dejaron decenas de muertos (Bardon, 2012: 343-344).

El segundo *Home Rule Bill* para Irlanda se presentó desde el gobierno liberal del primer ministro William Gladstone en febrero de 1893, quien gracias al carácter mayoritario de su gobierno logró que la Cámara de los Comunes aprobara su propuesta; sin embargo, la Cámara de los Lores decidió rechazarla, lo que ocasionó el retraso de los anhelos de autonomía irlandeses. Para 1912 se presentó la tercera propuesta de *Home Rule Bill* para Irlanda al interior del Palacio de Westminster, que en esta ocasión por fin recibió el apoyo parlamentario suficiente para su aprobación, pero el estallido de la primera guerra mundial impidió su ejecución.

En esa ocasión los protestantes del Úlster decidieron organizar grupos de resistencia destinados a enfrentar lo que potencialmente significaba su eventual separación del gobierno británico. Como resultado de estos esfuerzos formaron los cuerpos paramilitares “*Ulster Volunteer Force*”, armados con rifles importados de Alemania. Por su parte, los nacionalistas del Norte se sumaron a las fuerzas de los voluntarios irlandeses (*Irish Volunteers*). De este modo, en el Úlster dos grupos paramilitares antagónicos quedarían conformados y muchas veces separados sólo por unas cuantas calles en los mismos poblados (Bardon, 2012: 344).

Una vez finalizadas las hostilidades en Europa, el conflicto civil en Irlanda del Norte encontraría nuevas rutas de expresión, ya que el nacionalismo irlandés fue ganando espacios de manera gradual en el Parlamento. Por ello, los republicanos incorporaron diversos mecanismos para presionar a las autoridades británicas para buscar su autonomía, amparados en la mayoría que representaban en Irlanda. Finalmente, tras una serie de sucesos sangrientos de todo tipo los esfuerzos de republicanos y nacionalistas irlandeses se vieron recompensados, cuando en diciembre de 1920 el gobierno británico aprobó en el Parlamento una última *Home Rule Bill* para Irlanda, que fue ahora sí capaz de dotarla con autonomía; no obstante, dicho Estatuto de Autonomía dividía a Irlanda en dos partes autónomas, y confería al Norte los seis condados de mayoría protestante en el Úlster. Esa Ley buscó no sólo limitar el impacto de las milicias republicanas del *Sinn Féin* y del ERI, sino también desmovilizar a las milicias probritánicas en la región, las cuales aceptaron a regañadientes el Estatuto de Autonomía de 1920 (UK Parliament, 2017i).

Esta *Home Rule Bill*, conocida también como Ley de Gobierno de Irlanda (*Government of Ireland Act*), en los hechos determinó la creación oficial de Irlanda del Norte, lo que supuso conformar su propia red de instituciones gubernamentales y políticas, tendentes a garantizar la supremacía de los protestantes unionistas en los seis condados (McGaughey, 2012: 159). Entre estas nuevas atribuciones de las autoridades norirlandesas se incluía la creación de su propia policía, que destacó por su gran número y capacidad para imponer el orden en todo el territorio. Muestra de ello es que después de los años de guerra civil, entre 1920 y 1922, en los seis condados protestantes de Úlster las autoridades probritánicas lograron mantener el control, no obstante que la propia capital, Belfast, se convirtió muchas veces en el lugar con mayores disturbios y enfrentamientos entre católicos republicanos y protestantes unionistas.

Así, quizá el elemento más problemático para el futuro de Irlanda del Norte durante la segunda década del siglo xx fue que en realidad un tercio de su población no quería que el país existiera como una entidad separada de Irlanda; sin embargo, con una cómoda mayoría en su Parlamento, los gobiernos unionistas nunca efectuaron esfuerzos serios para convencer a las minorías católicas de aceptar la separación política de Irlanda del Norte respecto del resto del país. Una muestra es que los asuntos relativos a Irlanda del Norte fueron calificados como fuera de orden al interior de Westminster, por consi-

derar que dicho territorio no merecía nuevas discusiones relativas a su administración (Bardon, 2012: 346), pues en realidad formaba parte integral del Reino Unido de la Gran Bretaña.

No obstante esta postura parlamentaria, el desgaste británico como resultado de la primera guerra mundial, así como los efectos económicos y sociales de la guerra civil irlandesa, fueron elementos que llevaron a las autoridades y al Parlamento de Gran Bretaña a aprobar, en diciembre de 1921, el Tratado Anglo-Irlandés (*Anglo-Irish Treaty*) con el objetivo de pacificar el país y proponer a Irlanda un nuevo estatus constitucional semejante al de otros dominios británicos en el mundo. Empero, gracias la Ley de Gobierno de Irlanda, establecida un año antes, Irlanda del Norte no fue incluida en esta nueva figura constitucional, ya que sus seis condados de mayoría protestante desconocieron el Tratado Anglo-Irlandés y se adhirieron como parte integral de Gran Bretaña.

A partir de ese momento, el Parlamento británico comenzó a referirse a Irlanda del Norte, constitucional y legalmente, como una entidad política separada del resto de Irlanda. Es preciso señalar que durante todo este proceso, los unionistas apelaron a la memoria histórica para recordar el papel que jugó Irlanda del Norte en la primera guerra mundial, ello debido al desempeño de la 36ª División del Úlster en su participación en la batalla de Somme, de julio a noviembre de 1916. A partir de este suceso militar, los soldados norirlandeses crearon una imagen de dedicados protestantes leales a Gran Bretaña debido a su coraje y sacrificio en el campo de batalla.

Se considera que desde el comienzo de la gran guerra nada fue tan importante para los unionistas de Úlster que defender su posición en el norte de Irlanda como parte integral del Reino Unido. “Los soldados de la 36ª División consideraban su unionismo como un rasgo de identidad capaz de demostrar su devoción a la Corona y a los valores e ideales protestantes, y al mismo tiempo probar su coraje y valentía en el campo de batalla, estableciendo una imagen popular de heroísmo imperial y de martirologio” (McGaughey, 2012: 87). Este ideal del combatiente protestante del Úlster fue alimentado en Gran Bretaña por comentarios como los emitidos por el propio general mayor de la 36ª División, quien fungiera también como miembro de la Cámara de los Comunes, Sir Oliver Nugent, al señalar que “la División de Úlster fue a pelear y sacrificarse por el Imperio, forzando de este modo a Gran Bretaña a proteger y garantizar la unión [norirlandesa] en nombre de aquellos hombres del Úlster que murieron por estos ideales” (McGaughey, 2012: 86).

De este modo, a su regreso esos mismos soldados veteranos de la primera guerra mundial se convirtieron en experimentados guardias y milicianos de la *Ulster Volunteer Force* en su lucha en contra de los nacionalistas católicos irlandeses, lo que aunado al apoyo institucional y político británico sin duda fortaleció la posición y dominio de los unionistas protestantes sobre los católicos nacionalistas en Irlanda del Norte.

Así, una vez concretada la separación de Irlanda en dos entidades, los grupos organizados más visibles, como el Partido Unionista, la Gendarmería Real del Úlster (*Royal Ulster Constabulary*), el Ministerio Irlandés de Asuntos Externos y la Leal Institución Naranja u Orden de Orange (*Orange Order*), se concentraron en recrear sus propias políticas institucionales (McGaughey, 2012: 159-160), muchas de ellas de tipo parlamentario, bajo el cobijo de la Corona.

Según esta lógica, la creación del primer Parlamento de Irlanda del Norte, con motivo de la promulgación de la Ley de Gobierno de Irlanda de 1920, generó por ende el primer gobierno norirlandés con atribuciones restringidas. La idea general de esta Ley fue crear un Concilio irlandés en donde las autoridades de la Irlanda católica y nacionalista, así como las de la protestante Irlanda del Norte, pudieran llegar a acuerdos y encontrar rutas de cooperación en temas comunes; sin embargo, la negativa de los diputados electos por Irlanda para integrarse al Parlamento en Westminster, como ya se vio, impidió llevar a cabo este Concilio irlandés, dando paso de este modo a la celebración de las primeras elecciones en Irlanda del Norte y a la instalación de su primer Parlamento en junio de 1921, con sede en la ciudad de Belfast. Esta primera Legislatura fue la encargada de votar y rechazar, a finales del mismo año, su anexión al resto de Irlanda, y al mismo tiempo de aprobar su solicitud de completa adhesión al Reino de la Gran Bretaña. Lo anterior, pese a que no fue sino hasta la primavera de 1923, una vez superada la guerra civil irlandesa, cuando los parlamentos de Irlanda del Norte y el *Dáil* en Dublín comenzaron a sesionar de manera regular, y no sólo por convocatoria extraordinaria, para legitimar nuevas leyes (UK Parliament, 2017j).

A partir de ese momento, todas las negociaciones entre autoridades británicas e irlandesas se efectuaban sin la participación de Irlanda del Norte, ya que si bien se mantenía como una entidad geográficamente unida al resto de Irlanda, en los niveles jurídico y político su separación era franca; no obstante, no sería sino hasta 1925, con la promulgación de la “Ley de Confirmación del Acuerdo” (*Confirmation of Agreement Act*), cuando a Irlanda del

Norte le sería conferido un autogobierno limitado, el cual se convertiría de hecho en el primer ejemplo de gobierno devuelto por parte de Gran Bretaña en favor de autoridades locales.

Todo este novedoso mecanismo de devolución de autoridad generó incertidumbre entre la población protestante del Úlster, ya que consideraban al nacionalismo irlandés como una amenaza a sus tradiciones y estilo de vida. A su vez, este nerviosismo entre las cúpulas protestantes norirlandesas se expresaba a través de comentarios de funcionarios de alto nivel, quienes manifestaban de forma abierta que “[había] tumulto en todas partes, la incertidumbre acerca de las intenciones del gobierno británico, la duda incluso sobre la responsabilidad de los servicios militares y policiales” (Jones, 2009: 340). Todo ello abonó para el surgimiento de condiciones de miedo que condujeron al fortalecimiento del extremismo y de la intolerancia hacia los católicos entre los habitantes y las autoridades de Irlanda del Norte.

Precisamente esta sensación de vivir bajo un estado de constante amenaza ayudó a endurecer las posiciones extremas de los grupos protestantes excluyentes, como la *Orange Order*, de la cual surgieron algunos primeros ministros irlandeses, como Sir James Craig, quien en su oportunidad señaló: “Yo siempre he dicho que soy un hombre de la *Orange Order* primero, y un político y miembro de este Parlamento después [...]; de lo que me jacto es de que somos un Parlamento protestante y un Estado protestante” (CAIN Ulster University, 1969: 33).¹⁹

En este sentido, una vez institucionalizada la supremacía protestante en el Úlster, el funcionamiento de su Parlamento se circunscribió a adoptar el modelo Westminster, con dos cámaras parlamentarias, el Senado y la Cámara de los Comunes. Esta última se integraba con cincuenta y dos diputados electos a través de sufragio universal directo; ya para las elecciones de 1929 se optó por elegir a partir de distritos electorales mediante una combinación de los sistemas de *single members* y el *first-past-the-post*. Cabe añadir que en Irlanda del Norte no existían limitantes para otorgar el voto a los católicos, que por ser minoría no constituían una amenaza para la clase política protestante. Por su parte, el Senado contaba con veintiséis miembros, veinticuatro de los cuales los elegía la Cámara baja con base en el principio de representa-

¹⁹ Debe señalarse que esta tendencia de los políticos norirlandeses a pertenecer a la *Orange Order* fue el común denominador durante muchas décadas.

ción proporcional; los otros dos asientos los ocupaban los alcaldes de Belfast y de Londonberry (Jones, 2009: 340).²⁰

En términos generales el Parlamento norirlandés operó con las reglas parlamentarias británicas, a partir de las cuales el *speaker* o “portavoz” concentró buena parte de la carga burocrática al fungir como árbitro en las disputas por procedimientos parlamentarios, y al mismo tiempo como portavoz ante la Corona. Tal y como sucede en todo el sistema Westminster, en Irlanda del Norte el *speaker* era electo de entre los miembros de la Cámara de los Comunes, y a partir de ese momento renunciaba a su filiación partidista para cumplir con su importante encargo. Otra particularidad del modelo parlamentario norirlandés era que el jefe de gobierno acudía de manera indistinta a ambas cámaras a presentar sus propuestas, aunque sólo podía votar en una de ellas. De igual forma, ambos cuerpos legislativos solían juntarse sólo cuando una propuesta de ley del primer ministro no alcanzaba consenso en los dos, razón por la cual se discutía y se votaba con senadores y comunes reunidos, y al término de la votación se hacía la suma, la que determinaba la aprobación o no de la iniciativa respectiva.

Como era de esperarse, las elecciones efectuadas en Irlanda del Norte desde la década de los veinte hasta los años ochenta del siglo xx estuvieron dominadas prácticamente por los partidos unionistas y protestantes, ya fueran los de carácter abiertamente excluyente, como el *Ulster Unionist Party*, apoyados por la logia *Orange Order*, o ya se tratara de los moderados, entre los que destacaban los liberales o el *Alliance Party of Northern Ireland*, quienes pugnaban por no acrecentar el sectarismo protestante en contra de la minoría católica.

Así, a lo largo de doce procesos electorales, de 1921 a 1971, seis fueron los primeros ministros de Irlanda del Norte, todos ellos del mismo partido: el *Ulster Unionist Party*. Además, todas sus administraciones fueron de carácter mayoritario (United Kingdom Election Results, 2017), situación que ayudó a acrecentar la sensación de sometimiento y frustración entre la población católica, pues en realidad no podía considerarse representada en su propio Parlamento debido a su carácter minoritario.

²⁰ Es importante añadir que desde el principio se estableció que las elecciones para primer ministro se celebrarían a más tardar cada cinco años, mientras que las designaciones para el Senado cada ocho; sin embargo, las dos guerras mundiales y la inestabilidad interna a partir de los años sesenta y hasta los ochenta del siglo xx impidieron un desarrollo democrático constante en el país.

Esta circunstancia provocó tensión social y ciertamente el gobierno norirlandés, a pesar de contar con la mayoría parlamentaria suficiente, no llevó a cabo esfuerzos serios de inclusión política de los católicos con el fin de revertir las diferencias existentes entre ambos grupos sociales. Lo anterior no obstante que la presencia social católica se incrementaba en mayor medida que el aumento demográfico de los protestantes. De este modo, si bien las diversas posturas al interior del Parlamento de Irlanda del Norte respecto de la necesidad de incorporar a la minoría católica al bienestar económico generaban amplios debates, lo cierto es que no se llegaba a soluciones concretas ni de mediano plazo. De hecho, el primer ministro Terrence O'Neill declaró a finales de los años sesenta lo siguiente:

Es terriblemente difícil explicar a los protestantes que si se les da a los católicos romanos un buen trabajo y una buena casa vivirán como protestantes [...]. Si tratas a los católicos con la debida consideración y amabilidad, vivirán como protestantes a pesar de la autoridad de su Iglesia [...]; ellos [los católicos] se van a negar a tener dieciocho hijos, pero si están desempleados y viven en condiciones miserables llevarán a esos dieciocho hijos a recibir asistencia pública (CAIN Ulster University, 1969: 35).

Pese a lo anterior, la segregación en contra de los católicos fue el común denominador, lo cual generaría potenciales focos de resistencia en contra del gobierno norirlandés. Además, debe agregarse que dicha población exigía la anexión de Irlanda del Norte a la República de Irlanda y que para ello apoyaba los esfuerzos nacionalistas e independentistas de fuerzas como el *Sinn Féin*, que gradualmente incrementaba su presencia en Irlanda del Norte, tanto en el nivel político como en el paramilitar.

Esta contención acumulada a lo largo de las décadas encontró finalmente su cauce violento a finales de los sesenta a partir de la creación de la *Northern Ireland Civil Rights Association* en 1967, organismo que denunciaba la discriminación de la minoría católica por parte del gobierno y de la mayoría protestante, y que exigía una serie de reformas que garantizaran sus derechos civiles. Para lograrlo convocaron a marchas multitudinarias, que intentaron ser contrarrestadas por otras manifestaciones organizadas por grupos protestantes en apoyo al gobierno norirlandés. De este movimiento en favor de los derechos de los católicos surgieron iniciativas que exigían, entre otras cosas, que los votos tuvieran el mismo valor y fueran de carácter universal;

que los distritos electorales no se dividieran de manera intencional para fragmentar los sufragios católicos; el otorgamiento de vivienda social sin discriminación; mayor acceso de católicos a las funciones de gobierno (CAIN Ulster University, 2016). Cabe añadir que de todas estas demandas, la de otorgamiento de vivienda social fue la única que los parlamentos de Westminster y Belfast aprobaron casi de inmediato.

Como producto de estas protestas católicas, comenzaron a agudizarse las expresiones de violencia y represión por parte del gobierno norirlandés y militares británicos. Esto sucedió a partir de agosto de 1969, justo cuando en el barrio de Bogside en Derry, en Londonberry, al noroeste de Irlanda del Norte, las tropas británicas cobraron protagonismo en el conflicto tras la solicitud de ayuda de las autoridades de Belfast, que se consideraron rebasadas.

Poco más de dos años después (el 30 de enero 1972) tuvo lugar el acontecimiento que marcó un antes y un después en este conflicto, y que es conocido como el domingo sangriento (*Bloody Sunday*). Ese día, los militares británicos mataron a catorce civiles desarmados que protestaban en el barrio de Bogside en la ciudad de Derry, generándose la indignación internacional y, al mismo tiempo, brindándole nuevos bríos a las acciones armadas del ERI, tanto en el interior de Irlanda como en territorio británico. Lo sucedido en Bogside incrementó la intensidad de las protestas, ya que durante los funerales de once de las víctimas, decenas de miles de norirlandeses católicos salieron a las calles a expresar su solidaridad y repudio hacia las autoridades británicas. En Dublín se calcula que cien mil personas protestaron a las afueras de la embajada británica y al final del mitin le prendieron fuego (CAIN Ulster University, 2016).²¹

Todo lo anterior provocó que el primer ministro de Irlanda del Norte, Brian Faulkner, fuera llamado a Londres a comparecer ante el primer ministro conservador de Gran Bretaña, Edward Heath, quien le informó que el Parlamento en Londres había decidido intervenir en las labores de gobierno en su país, así como dejar sin efecto toda acción parlamentaria norirlandesa, en un ejercicio que es conocido como *Direct Rule*. En este tipo de intervención la Cámara de los Comunes británica asumió el control político en todo Irlanda del Norte, y para otorgarle legitimidad parlamentaria aprobó la *Nor-*

²¹ Estos acontecimientos, iniciados en 1968 con las primeras marchas y que culminarían en 1998 con la firma del Acuerdo de Belfast o Acuerdo del Viernes Santo —entre autoridades británicas, norirlandesas e irlandesas—, son conocidos en diversas publicaciones británicas e irlandesas como *The Troubles* (los problemas).

thern Ireland Temporary Provisions Act de 1972, que significó en los hechos la suspensión indefinida del Parlamento de Belfast (UK Parliament, 2017k).

Es necesario mencionar que durante las cinco décadas de funcionamiento del Parlamento en Irlanda del Norte, desde los veinte hasta principios de los setenta del pasado siglo, éste en realidad nunca tuvo capacidad de alterar o rechazar las leyes o reglamentos que emitía Westminster para su territorio. Asimismo, la legislación parlamentaria norirlandesa se encontraba sometida de forma permanente a la revisión judicial desde Westminster. De hecho, también su ejercicio financiero se mantuvo bajo el control de Londres, ya que el Parlamento norirlandés carecía de prerrogativas en tal sentido; no obstante, Westminster solía otorgar algunas atribuciones al organismo legislativo de Belfast, sobre todo cuando este último entraba en negociaciones directas con el gobierno de la República de Irlanda en las materias territorial y de ciudadanía.

Esta tendencia probritánica de las autoridades y los representantes norirlandeses obedecía en buena medida a que los vínculos con Londres y Westminster garantizaban de alguna manera su propia sobrevivencia en territorio irlandés, ya que ahí los protestantes se encontraban en condición de minoría respecto de los católicos, pues prácticamente se concentraban en sólo seis condados del Úlster. Por eso precisamente, a lo largo de sus doce procesos electorales de 1921 a 1969, el *Ulster Unionist Party* fue la agrupación política más poderosa de Irlanda del Norte: ganó todas las elecciones, y con ello monopolizó la Primera Magistratura del país así como su Parlamento. Este partido buscó consolidar un gobierno que preservara su posición como entidad política sometida a la tutela y protección británicas, amparado en que sus bases protestantes significaban las dos terceras partes de la población total norirlandesa.

Por ello, la mejor manera de restar espacios políticos a los católicos fue instrumentar sistemas electorales que garantizaran el predominio protestante por medio de esquemas como el *first-past-the-post* que, como se ha visto, convierte los votos electorales en asientos parlamentarios eligiendo sólo al candidato de mayor votación. Ello provoca que todos los sufragios emitidos hacia los otros candidatos simplemente desaparezcan. Por eso la división de los distritos electorales de tal forma que los barrios católicos fueran separados para quedar en minoría provocó gran malestar entre la ciudadanía católica norirlandesa, ya que entendían de manera clara que la división distrital electoral vigente en ese momento guardaba la clara intención de mantener-

los sin representación en el Parlamento por su carácter minoritario. Esto último también pasaba con los partidos protestantes moderados, los cuales nunca lograron vencer al poderoso partido de gobierno, el *Ulster Unionist Party* (Jones, 2009: 345-346), como fueron los casos del Partido Liberal de Irlanda del Norte o del Partido Laborista Irlandés.

Durante este periodo de *Direct Rule*, Irlanda del Norte siguió realizando elecciones para designar diputados en Westminster, en las cuales el *Unionist Party* mantuvo siempre su hegemonía sobre sus contrincantes. Prueba de ello es que durante las cinco elecciones generales de Gran Bretaña durante el periodo 1974-1987, este partido mantuvo la mayoría de los asientos norirlandeses en la Cámara de los Comunes británica. Es necesario señalar que ésta fue la situación que prevaleció tanto en las elecciones generales de febrero y octubre de 1974 y en las de 1979 —cuando a Irlanda del Norte se le asignaban doce asientos en la Cámara de los Comunes británica—, como en las de 1983 y 1985, cuando Gran Bretaña incrementó a diecisiete el número de asientos norirlandeses en la Cámara baja del Parlamento.

A lo anterior debe agregarse que las condiciones del sistema electoral norirlandés estimularon que el *Unionist Party* reforzara su posición displicente frente a las demandas de mayores derechos para la población católica de su país, y sí en cambio bloqueara toda iniciativa ajena a sus intereses impulsada por representantes de otros partidos norirlandeses en la Cámara de los Comunes, quienes por su reducido número no lograban presentar una agenda de discusión en el Parlamento. Esta realidad estimuló el incremento de acciones rebeldes por parte del Ejército Republicano Irlandés en territorio británico durante el periodo de *The Troubles*.

Toda esta compleja etapa en Irlanda del Norte durante los setenta y los ochenta llevó incluso a la división física de protestantes y católicos mediante muros que separaban barrios en la ciudad de Belfast. Se estima que fueron noventa y nueve las murallas que se levantaron a lo largo de veinte kilómetros, con una altura que llegó a alcanzar los siete metros (Fresneda, 2013). Esta situación de inestabilidad permanente dio paso a que el gobierno laborista de Tony Blair buscara encontrar una salida política al conflicto, la cual no sólo garantizara la participación e incidencia de los católicos en la vida democrática del país, sino también su activo involucramiento político en el futuro inmediato, aunque ello significara negociar con grupos cercanos al ERI, como en el caso de *Sinn Féin*.

Tal y como ya se señaló en su oportunidad, estas negociaciones del gobierno británico con protestantes y católicos norirlandeses tuvieron su máximo logro con los Acuerdos del Viernes Santo, firmados en abril de 1998 en la ciudad de Belfast, y aceptados por los gobiernos de Gran Bretaña y la República de Irlanda. En general, para la mayoría de los partidos políticos norirlandeses este acuerdo significó la reapertura de un cuerpo conocido como Asamblea de Irlanda del Norte. Este organismo contaría con ciento ocho miembros electos en distritos equilibrados para hacer posible la representación de católicos y protestantes en sus dos agrupaciones políticas más significativas; el *Sinn Féin* y el *Unionist Party*.

Cabe añadir que estos acuerdos contaron con el apoyo de la mayoría de la población irlandesa, que tras los referendos de mayo de 1988 en Irlanda del Norte y en la República de Irlanda decidieron dar paso a una nueva etapa de mayor tolerancia en los territorios del Úlster. Como resultado de estos ejercicios de participación ciudadana y acorde con lo establecido en los acuerdos firmados en Belfast, el Parlamento británico aprobó, gracias a la mayoría laborista del primer ministro Tony Blair, la *Northern Ireland Act* de 1998, mediante la cual, entre otras cosas, se convocaba a elecciones en el sistema de segunda vuelta instantánea (*single transferable vote*), lo cual había sido una demanda católica y de los grupos civiles para alcanzar equilibrios y equidad en todo el territorio.

Así, una vez establecida la paz y puesto en marcha el programa de desarme de los grupos irregulares antagónicos en Irlanda del Norte, el siguiente paso fue brindar certidumbre política al proceso. Por ello, la Asamblea norirlandesa fue dotada de la autoridad suficiente para discutir y aprobar legislaciones primarias y llevar a cabo reformas políticas al interior del país; sin embargo, éstas las debía aceptar la Secretaría de Estado como órgano representante de la Corona, que al final seguía conservando su derecho de aprobar o rechazar cualquier ley emergente (Jones, 2009: 349).

En esas primeras elecciones de la Asamblea norirlandesa restaurada, celebradas en junio de 1988, resultó vencedor el *Unionist Party*, aunque en forma muy lejana de las mayorías absolutas que gozaron durante las décadas previas. De hecho, acumuló sólo veintiocho asientos de los ciento ocho en disputa, seguido del *Social Democratic and Labour Party* con veinticuatro curules, por veinte del *Democratic Unionist Party*, mientras que el *Sinn Féin* alcanzaría los dieciocho representantes. Los demás partidos ganarían entre todos los dieciocho lu-

gares restantes (Elections, 2017). Resulta interesante saber que de acuerdo con la *Northern Ireland Act* de 1998, el gobierno surgido de la Asamblea de Irlanda del Norte se compondría de un Ejecutivo encabezado por los cuatro líderes de los partidos mayoritarios, en donde el ministro principal de Irlanda del Norte fungiría como cabeza de gobierno frente a la Asamblea; no obstante, en realidad este sistema fue diseñado para que nacionalistas y unionistas compartieran el poder y la toma de decisiones políticas, ya que tanto el ministro principal en turno como su viceministro y el presidente de la Asamblea deben asumir sus cargos con base en la elección mayoritaria de todos los representantes.

Dicho esquema requiere que ambos grupos, divididos en cuatro partidos principales —*Unionist Party* y *Democratic Unionist Party* (dentro del bando de los unionistas), y *Sinn Féin* y *Social Democratic and Labour Party* (del lado de los nacionalistas)—, deben de manera forzosa llegar a acuerdos, ya que la acción de gobierno depende en gran medida de sus ministerios, los cuales tienen que encabezar necesariamente miembros de los cuatro partidos mencionados. En otras palabras, una vez reconstituida la Asamblea de Irlanda del Norte, ésta debía funcionar según los principios del consenso y el equilibrio como forma de gobierno.

Asimismo, este primer gobierno norirlandés restaurado debía salvaguardar el funcionamiento del Concilio Ministerial del Norte y del Sur de Irlanda, que era el organismo encargado de garantizar la cooperación entre los poderes ejecutivos de Irlanda del Norte y la República de Irlanda para resolver problemáticas comunes. Este Concilio Ministerial estaba obligado a cooperar en todos los niveles con el Poder Ejecutivo surgido de la Asamblea norirlandesa y su contraparte británica en Londres. En términos generales, el funcionamiento de la Asamblea de Irlanda del Norte mantiene la operación del sistema Westminster, con la particularidad de que el ministro principal (primer ministro) debe resultar electo por la mayoría de los diputados, no sólo los de su propio partido, sino también los de toda la oposición. Es conveniente señalar que los Acuerdos del Viernes Santo también establecieron que la totalidad de los miembros de la Asamblea debían expresar abiertamente su posición y ubicarse en uno de los tres grupos parlamentarios: unionistas, nacionalistas o neutrales, para de esta forma mantener la transparencia en la institución legislativa.

Otra particularidad del Parlamento norirlandés consiste en que el *speaker* o portavoz es el encargado de revisar, y en su caso de aprobar, cualquier pro-

yecto de ley en su calidad de presidente de la Asamblea de acuerdo con sus estatutos tipo Westminster. También es la figura encargada de procesar las enmiendas a los proyectos de ley rechazados y de mantener contacto directo con la Corona para la aprobación de nuevas leyes (The Northern Ireland Assembly, 2017).

Este primer periodo de la Asamblea restaurada norirlandesa logró considerables avances, pues por primera vez los unionistas protestantes se encontraron con una oposición numérica y representativa similar del lado de los católicos nacionalistas, lo que sin duda estimuló la tolerancia entre ambos grupos. Pese a lo anterior, la desconfianza mutua entre protestantes unionistas y católicos nacionalistas se mantuvo, generándose discordancias más allá de la Asamblea, lo que llevó al gobierno del primer ministro Tony Blair a suspender la actividad parlamentaria.

Una vez suspendidas las labores legislativas de esta primera Asamblea en octubre de 2002, se determinó mantener la convocatoria a elecciones para el año siguiente, con la esperanza de que esta suspensión sirviera para distender el ambiente social y legislativo para así lograr alcanzar mayor armonía y acuerdos entre ambos grupos. En dicho proceso electoral de noviembre de 2003, el *Democratic Unionist Party* se llevó treinta asientos, contra veintisiete del *Unionist Party*, veinticuatro del *Sinn Féin* y dieciocho del *Social Democratic and Labour Party*. Mientras que las diez curules restantes se repartieron entre los demás partidos políticos.²²

Si bien el proceso electoral se llevó a cabo sin mayores contratiempos, las diferencias entre ambos grupos no disminuían, situación que abonó para extender la suspensión legislativa en Irlanda del Norte hasta 2007. Lo anterior significó que los 108 diputados electos para integrar la segunda Asamblea norirlandesa no estaban en posibilidades de tomar sus asientos de manera oficial en el Palacio de Stormont, en Belfast.

El motivo de esta nueva suspensión, que se extendió por poco más de cuatro años, obedeció a las continuas desconfianzas expresadas entre católicos y protestantes al interior de la Asamblea con motivo de las acusaciones de espionaje mutuo en instituciones de gobierno, así como por las acciones violentas cometidas por sus seguidores en diversos puntos del territorio para solucionar sus diferencias. El principal argumento de los unionistas en con-

²² Las cifras, porcentajes y datos de los procesos electorales de Irlanda del Norte se consultaron en *Elections. Northern Ireland Elections* (2017).

tra de los nacionalistas consistía en que los primeros demandaban pruebas tangibles del desarme del ERI tras cuatro años de la firma de los Acuerdos del Viernes Santo. Todo ello, mientras los nacionalistas insistían en que dicho desarme se haría efectivo una vez que ellos mismos aprobaran y formaran parte de los cuerpos de seguridad pública de Irlanda del Norte, que seguían manteniendo sus vínculos con los grupos más extremistas del bando protestante. Este nivel de tensión social llevó a Tony Blair a mantener la suspensión legislativa y a declarar que la autonomía sería restaurada, pero solamente hasta que la violencia fuese erradicada y sustituida por formas políticas exclusivamente pacíficas y democráticas, con un compromiso en este sentido definitivo y sin ambigüedades (Oppenheimer, 2002).

De este modo, después de arduas negociaciones, entre julio y octubre de 2005 tanto el ERI como los grupos paramilitares protestantes anunciaron el desmantelamiento total de sus fuerzas y se acogieron a los métodos democráticos para alcanzar sus fines. Como respuesta, los gobiernos de Londres y Dublín señalaron una hoja de ruta para lograr la reapertura de la Asamblea, y convocaron a nuevas elecciones para marzo de 2007. Sólo así Irlanda del Norte fue capaz de ejercer su autonomía de gobierno en medio de acuerdos y compromisos de corto y mediano plazos que reivindicaban los acuerdos previos del Viernes Santo.

De tal modo, en las elecciones de 2007, 2011 y 2016, así como en las de marzo de 2017,²³ resultó vencedor el *Democratic Unionist Party*, seguido siempre muy de cerca por el *Sinn Féin*, el cual gracias a las características del sistema electoral y legislativo norirlandés se une con el *Social Democratic and Labour Party* —como agrupaciones nacionalistas— para lograr contrapesos, equilibrios y participación en las acciones de gobierno.

Si bien los muros en Belfast mantienen dividida a la sociedad norirlandesa en el Úlster, lo cierto es que, sin duda, las prácticas democráticas del sistema Westminster tienen en Irlanda del Norte su principal reto de cara al futuro.

²³ A partir de estas elecciones se determinó, por unanimidad, reducir el número de diputados en la Asamblea, que pasaron de ciento ocho a noventa.